

LA CARTERA CUBANA.

FEBRERO DE 1880.

SECCION PRIMERA. CIENCIAS.

Observaciones meteorológicas del mes de diciembre de 1839.

MES de Dic.	BAROMETRO francés.			TERMOMETRO de Fahrenheit.			HIGROMETRO de Saussure.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	7p. 68	7p. 68	7p. 75	73°	75° 20	74°	75°	71°	68° 50
2	73	77	79	73	73 65	72	70	65	63
3	79	75	78	72	70 73	50 70	64	55	53
4	71	69	71	71	35 73	10 70	55	50	55
5	71	79	73	69	20 72	10 70	56	51	8
6	76	73	75	67	74 15	71 50	57	48	56
7	71	67	72	68	10 74	90 72	50	63	50 60
8	70	71	74	71	50 75	72 75	68	52	57
9	75	70	75	71	15 71	75 70	58	47	50 55
10	74	71	74	67	75 73	70 50	58	48	56
11	76	67	70	67	75 74	72	64	58	63
12	72	67	72	70	74	73	75	63	73
13	76	71	71	73	77	4 50	75	73	73
14	73	70	70	73	78	90 75	73	65	74
15	71	71	75	74	74 35	72	73	63	60
16	80	81	84	69	50 67	50 66	51	45	50
17	83	80	83	66	50 67	75 65	75	46	56
18	85	80	86	64	50 69	67	58	53	46
19	90	82	83	67	70	20 68	15 53	49	43
20	88	75	75	65	73	68 25	58	54	62
21	68	57	55	66	25 76	73	68	64	75
22	60	64	70	72	76	72 50	65	55	60
23	71	68	69	69	72 50	71 35	58	51	55
24	70	67	65	66	70 74	72	62	51	60
25	68	66	73	69	77	73	71	63	72
26	75	75	75	70	50 74	70 75	75	66	77
27	80	81	83	71	72 80	70	76	75	63
28	85	81	81	71	72 75	70	62	55	61
29	91	83	86	68	75 70	67 10	57	49	65
30	85	76	76	64	35 74	50 67	10 61	53	63
31	76	70	70	64	50 73	10 72	74	68	73 50

NUBARRONES.—Todo el 2 con norte, y con ventarrón las madrugadas del 8 y del 9, casi todo el 12, el 13 y 14 de cuando en cuando, casi todo el 5 con norte, id. la tarde del 16, el 31 por la mañana. LLOVIZNAS.—El 2 a 2 de la tarde, el 8 al amanecer, el 25 de 12 y media de la madrugada al día y luego de cuando en cuando hasta la tarde, el 26 a prima y el 31 a 11 y $\frac{1}{2}$ del día. CHUBASCOS.—El 1 de 3 a 9 de la mañana, el 15 a 2 y media de la mañana y 9 de id., el 21 a 10 y media de la noche. AGUACEROS.—El 22 a 1 de la madrugada con ventarrón, y corto el 27 a 6 y media de id.

ESTADO DE HOSPITALES.

MES DE DICIEMBRE DE 1839.

ENFERMEDADES.	S. Ambrosio.	S. Juan de Dios.		S. Francisco de Paula.
		Presos.	Particul.	
Apoplejía.....	1	3	4	1
Epilepsia y convulsiones.....	23	1	1	1
Anginas.....	14	1	3	3
Gastritis agudas con fiebre...	44	5	16	1
Idem crónicas.....	14	3	6	3
Tifus intertropical.....	2	3	5	3
Fiebres intermitentes.....	57	1	36	3
Reumatismos.....	41	2	13	3
Bronquitis.....	43	17	45	1
Hemoptisis.....	22	3	3	3
Pleuritis.....	3	1	4	3
Neumonitis crónica.....	14	1	10	7
Afectos del corazón.....	5	3	3	3
Colitis nerviosa.....	3	3	2	3
Idem diarreica.....	19	3	7	3
Idem disenterica.....	3	2	2	3
Obstrucciones.....	12	3	3	3
Nefritis simples.....	3	3	3	3
Idem calculosa.....	7	3	2	1
Sífilis y dolores osteocopos.....	4	3	5	1
Hidropesias.....	2	3	3	3
Escorbuto.....	9	3	3	3
Escarlatina.....	2	3	3	3
Viruelas.....	21	1	2	3
Contusiones.....	2	1	3	3
Fracturas.....	2	1	3	3
Dislocaciones.....	3	3	1	3
Heridas de armas blancas.....	1	11	3	1
Idem de fuego.....	1	3	3	3
Tumores simples.....	29	3	2	3
Lupias.....	8	3	3	3
Bubones.....	14	4	9	3
Fimosis y parafimosis.....	12	3	3	3
Uretritis.....	35	2	4	3
Catarros vexicales.....	22	3	3	3
Hidroceles.....	5	3	1	3
Hemorroides.....	7	1	3	3
Fístulas.....	7	3	3	3
Hernias.....	22	3	3	3
Úlceras y pústulas venéreas.....	19	2	3	2
Idem simples.....	9	5	8	1
Idem pútridas.....	3	3	1	3
Idem cancerosas.....	3	3	1	3
Erusiones sarnosas y herpéticas.....	47	7	5	3
Oftalmías agudas.....	9	3	1	3
Idem crónicas.....	12	3	3	3
Albugo.....	6	3	3	3
Erisipelas.....	7	2	1	3
Totales.....	638	71	188	17

MEDICINA.

CIRUGIA.

75
HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1º de diciembre de 1839.....	452	} 1090
Entraron en dicho mes.....	638	
Se curaron.....	662	} 690
Fallecieron.....	28	

Quedaron para 1º de enero de 1840.....400

La mortandad estuvo á razon de 2, 57 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1º de diciembre.....	282	} 541
Entraron en dicho mes.....	259	
Se curaron.....	205	} 264
Fallecieron.....	59	

Quedaron para 1º de enero.....277

La mortandad estuvo á razon de 10, 91 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1º de diciembre.....	144	} 161
Entraron en dicho mes.....	17	
Se curaron.....	12	} 31
Fallecieron.....	19	

Quedaron para 1º de enero.....130

La mortandad estuvo á razon de 11, 80 por 100.

RESUMEN.

De éstos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en diciembre de 1839 reinaron las enfermedades siguientes: el orden en que se colocan, indica su mayor ó menor predominio.

73
DICIEMBRE.

GASTRITIS AGUDAS CON FIEBRE.—FIEBRES INTERMITENTES.—
BRONQUITIS.—REUMATISMOS.—DIARREAS.—ERUPCIONES.

Observaciones prácticas.

Con sorpresa hemos notado la agudeza de las enfermedades en este mes, que es cuando principalmente se calman. Bien es verdad que no advertimos este fenómeno sino en los quince primeros días, pues en los últimos disminuyeron de violencia. Lo atribuimos á lo riguroso de la estacion, que no refesó como por lo comun sucede. La mortandad ha sido por consiguiente mayor que la del año pasado en el mismo mes.

Entre las enfermedades que aparecieron, no debemos pasar por alto las fiebres intermitentes. Estas, aunque bien comunes, cedían con facilidad á los remedios, y solo de tarde en tarde adquirían el carácter pernicioso que con tanta frecuencia se presentaba en el mes de octubre.

Las apoplejías han comenzado; pero ni las neumonitis agudas, ni las anginas aparecen sino rarísimas veces. En los hospitales solo se han recibido algunos enfermos muy contados de pleuritis, las cuales cedían con facilidad, y no las hemos tenido en nuestra práctica particular.

Los reumatismos y las diarreas han sido bien frecuentes, siguiendo las visciditudes atmosféricas la entrada y salida de los enfermos que las padecen, en los hospitales.

En S. Ambrosio ha habido 23 epilépticos: ¿será por el abuso de licores que han enfermado de aquel ataque nervioso, ó un resultado de la constitucion miásmatica que durante casi todo el año reinó en la Habana?

Se han enterrado en el cementerio general en diciembre de 1839:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.....	180	45
De color.....	146	52
Sumas parciales.....	326	97
Total general.....	423	

RESUMEN

DE LAS OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS DE 1839.

BAROMETRO.

A las 8 de la mañana.

	PULG. ^s	CENT. ^{os}
<i>Máximum</i> de su altura el 29 de diciembre....	27	91
<i>Mínimum</i> id. 28 de Mayo.....	27	43
Altura media en todo el año.....	27	67

A los 2 de la tarde.

<i>Máximum</i> de su altura el 5 de marzo.....	27	88
<i>Mínimum</i> id. 26 de mayo.....	27	41
Altura media.....	27	65

A las 8 de la noche.

<i>Máximum</i> de su altura el 5 de marzo.....	27	90
<i>Mínimum</i> id. 28 de mayo.....	27	42
Altura media.....	27	66

Se vé claramente que en todo este año solo ha llegado á media pulgada justa la diferencia de las alturas barométricas.

TERMOMETRO.

A las 8 de la mañana.

<i>Máximum</i> del calor el 28 de agosto.....	84°	70 c.
<i>Mínimum</i> id. 29 de enero.....	62°	"
Temperatura media.....	73°	35 c.

A las 2 de la tarde.

<i>Máximum</i> del calor el 3 de junio.....	89°	20 c.
<i>Mínimum</i> id. 17 de febrero.....	66°	75 c.
Temperatura media.....	78°	"

A las 8 de la noche.

<i>Máximum</i> del calor el 20 de agosto.....	85°	50 c.
<i>Mínimum</i> id. 17 de febrero.....	65	"
Temperatura media.....	75°	25

En el año de 1838 cuando subió mas el termómetro, fué el 26 de julio á las 2 de la tarde, que llegó á 90° 35 c., y el dia que bajó mas fué el 24 de diciembre á las 8 de la mañana, pues estuvo á 63° 50 c., lo que dió en todo el año la temperatura media de 76° 92 c. En el de 1839 ha sido de 75° 60 c., lo que hace una diferencia de 1° 32 c. de baja en la temperatura.

HIGROMETRO.

A las 8 de la mañana.

<i>Máximum</i> de la humedad el 27 de diciembre..	76°	75 c.
<i>Mínimum</i> id. 16 de id.....	51°	"
Promedio.....	63°	87

A las 2 de la tarde.

<i>Máximum</i> de la humedad el 9 de noviembre..	76°	"
<i>Mínimum</i> id. 27 de enero.....	41°	75
Promedio.....	62°	"

A las 8 de la noche.

<i>Máximum</i> de la humedad el 28 de agosto.....	80°	"
<i>Mínimum</i> id. 19 de diciembre..	48°	"
Promedio.....	66°	"

En el año de 1838 el dia mas húmedo fué el 16 de enero que llegó el máximum á las 8 de la mañana y 8 de la noche á 84°, y los mas secos el 2 y 18 de marzo que solo alcanzó á las 2 de la tarde á 45° grados; lo que da de humedad media en todo el año 64° 50 c. En el de 1839 ha sido de 65° 38 c., lo que hace una diferencia de casi un grado mas de humedad.

ESTADISTICA MEDICA.

CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1839.

Hospital general de S. Ambrosio.

Existencia en 1° de enero de 1839.....	293	} 7.444
Entraron en todo el año.....	7.151	
Se curaron.....	6.736	} 7.044
Fallecieron.....	398	
Diferencia.....	400	

La mortandad estuvo á razon de 4, 14 por 100.

Comparando este año con el anterior donde estuvo en dicho hospital la mortandad á razon de 3,52 por 100, se vé que la diferencia es á favor de ella.

Hospital de caridad de S. Juan de Dios.

Existencia en 1º de enero de 1839.....	279	} 3.524
Entraron en todo el año.....	3.245	
Se curaron.....	2.677	} 3.247
Fallecieron.....	570	
Diferencia.....	277	

La mortandad estuvo á razon de 16,18 por 100.

Haciendo la misma comparacion de este año con el anterior donde estuvo la mortandad á razon de 15,20 por 100, se vé que la diferencia está tambien á su favor.

Hospital de S. Francisco de Paula.

Existencia en 1º de enero de 1839.....	132	} 499
Entraron en todo el año.....	367	
Se curaron.....	197	} 369
Fallecieron.....	172	
Diferencia.....	130	

La mortandad estuvo á razon de 34, 67 por 100.

Si repetimos aquí la misma comparacion que hemos hecho en los dos hospitales anteriores, se verá que si en 1838 estuvo en él la mortandad á razon de 38, 37 por 100, la diferencia es en contra de ella, lo que no ha sucedido en los otros por el vómito que hubo en S. Ambrosio y tambien en S. Juan de Dios, abundando en el último las intermitentes perniciosas.

Proporcion de los muertos con los bautizados y con el total de la poblacion.

Se han enterrado en el cementerio general en todo el año de 1839, correspondientes á las parroquias de la Habana, Jesus María y Guadalupe

Adultos blancos.....	1878	} 3151	} 4,736
Idem de color.....	1273		
Párbulos blancos.....	829	} 1585	
Idem de color.....	756		

Se han bautizado en las mismas parroquias:

Blancos.....	1540	} 4.151
De color.....	2611	
Diferencia en contra de bautizados.....	585	

Hubo los siguientes matrimonios:

De blancos.....	271	} 363
De color.....	92	

No elevando mas que á 140.000 almas, como el año pasado, la poblacion de la Habana y barrios de Jesus María, Guadalupe y S. Lázaro, que como hemos dicho son los únicos que se entierran en el cementerio general; tendremos la proporción de la mortandad á razon de 3, 33 por 100. Pero como ha habido muchos mas transeuntes que el año pasado, gracias al aumento del comercio, la diferencia es imperceptible.

De donde se sigue la misma consecuencia deducida en 1838 en que la mortandad estuvo á razon de 3,17 por 100; que la Habana es un país de los mas sanos.

LEGISLACION.

HOSPICIOS.

¿Son, ó no útiles?

La historia de los establecimientos debidos á la caridad pública ó individual que con los nombres impropios de beneficencia, maternidad, &c.: con tanto empeño vemos fundar y mantener por las naciones mas civilizadas, cualquiera que sea la opinion que una falsa filosofia haya querido inspirar sobre ellos; hará sin duda una parte de su elogio y será lo que mas seguramente las grangeará el aprecio y la estimacion de la posteridad. Así dándolos á conocer individualmente, es como si se presentara á cada cual ofreciendo sus títulos adquiridos en servicio de la humanidad, indicando ó mas bien señalando cuanto en este honorífico concurso las ha sido posible hacer animadas del santo celo que inspira, ya para cubrir la flaqueza de su inevitable y frágil condicion ó para reparar sus errores, ó librar á una gran parte de los extremos de la miseria y el abandono á que la desgracia en unos, en otros la edad y los accidentes de la vida y la fatalidad de la suerte, ó tal vez en muchos la misma prostitucion de los padres los hubiera sujetado á no contar con el amparo siempre propicio y providente de la pública con-

miseracion. Nada es pues tan propio del interés nacional, como enumerar dichos establecimientos, examinarlos en su origen y primitiva formacion, seguirlos en los pasos sucesivos de sus progresos, estudiarlos en su estado actual, y descubrir por este medio los males que les aquejen, y las mejoras de que sean susceptibles en su presente organizacion. De este modo se hará, si puede decirse así, un curso práctico de hechos de virtud y de humanidad, y se dará á conocer hasta que punto las haya cultivado la actual generacion.

Estaba sin duda reservado para este siglo turbulento y disputador, que á fuer de reformarlo todo ha querido atacar las verdades mas recibidas y poner en cuestion hasta las opiniones que parecían mas respetables y sobre las cuales se había reunido el asentimiento universal, aventurar la funesta idea de echar una preocupacion en contra de todos los establecimientos piadosos, mirándolos mas bien como un ostentoso aparato del lujo de las naciones que los sustentan, que por el lado de su real y verdadera utilidad; y llevando esta fatal prevencion hasta el extremo de su mayor ceguedad, no han faltado algunos que alzasen tambien la voz para denunciarlos como dañosos á las costumbres y prosperidad de los pueblos, reputándolos como una recompensa que se da al vicio en mengua de la virtud, ó por lo menos, como un estímulo peligroso para disgustarnos del trabajo ofreciendo á la pereza indolente y viciosa esos últimos asilos donde ir al fin á reposar á espensas de la caridad pública.

Tal es el grito que hoy se levanta por algunos contra estos establecimientos en que nuestros antepasados nos legaron el vivo monumento de su piedad y beneficencia: veamos pues si son justas semejantes acusaciones, y si como ellos dicen, era ciega y dañosa la generosidad de nuestros padres: porqué si llegamos á probar que no lo fué, nunca podría justificarse mejor el lujo como en una circunstancia en que es, por decirlo así, ennoblecido por la santidad del objeto de su aplicacion. Apresurémonos por tanto á ofrecer nuestras pruebas, que ellas son perentorias.

Ocupense cuanto quieran los de la opinion contraria en imaginar sus irrealizables utopias; que nos den la mejor organizacion posible para el régimen de la sociedad: cualquiera que ella sea y en su mas alto grado de prosperidad, siempre será cierto que la mayor parte de los individuos que la componen han de estar necesariamente espuestos á sufrir los rigores de la miseria, la indigencia y el abandono; porqué lo es tambien que la masa mayor de los ciudadanos que componen la sociedad, ó no tendrán mas recurso que su

industria diaria para ganar su subsistencia y la de sus familias, ó tal vez esta no le producirá bastante para aquellos objetos sagrados; viniendo por lo tanto á ser muy pocos los que puedan contar con un sobrante, después de satisfechas sus necesidades, para conservarle con prudente prevision á fin de que en lo futuro les sirva cuando les falten los medios físicos de poder cubrirlas con su trabajo.

Resulta pues por consecuencia forzosa, que en cualquiera combinación social que se medite, por mas perfecta que sea, habrá siempre una numerosa clase de individuos para quienes los recursos de su industria y trabajo diario no sean suficientes á cubrir sus gastos indispensables; que habrá otra no menos vasta y numerosa á quienes apenas produzca lo indispensable para su precisa subsistencia, y que será cortísimo el número de los que puedan contar con un sobrante para el tiempo en que le sea imposible emplear su industria en procurársela. Y es cierto, que de no cerrar del todo los oídos á los clamores de la humanidad, será absolutamente indispensable que el gobierno y los hombres que tienen medios y recursos por la acumulacion de sus riquezas, aun prescindiendo de los preceptos de la religion, se desprendan de una parte de aquellas para procurar alivio y socorros á los de la primera clase como tambien para auxiliar á los de la segunda.

Esta necesidad sube de punto cuando se reflexiona cuan cerca están aquellas clases de caer en la indigencia y de verse envueltas en ella por los accidentes comunes de la vida, las revoluciones continuas del comercio, el efecto de las calamidades públicas y la imposibilidad en que puede por lo comun sumirles la larga serie de las enfermedades que afligen á la miserable especie humana. Hay una edad, que es la primera del hombre, en que la debilidad de sus fuerzas no le permite absolutamente ni en ningun estado procurarse por sí mismo los indispensables medios de subsistencia; y á esta, con muy corto intervalo, sucede otra en que deja absolutamente de tenerlos, viniendo así á confundirse los dos extremos de la vida en el estado comun de flaqueza y de impotencia. Y si los primeros careciesen de sus protectores naturales, y los segundos no tuviesen tampoco el de aquellas personas inmediatas y que por reconocimiento les deben ayuda y proteccion, ¿qué vendría á ser de ellos sin los socorros humanos y providentes de la pública generosidad? Seguramente que perecerían y que tendrían razon, si como Job maldijesen de continuo el dia en que vieron la luz primera.

Pero no es necesario para probar la evidente utilidad de estos

establecimientos públicos, llegar hasta aquellos extremos, sino que basta á fin de conseguirlo, sin reparar en los males á que está sujeta la vejez caduca y la infancia desvalida, detenerse un solo punto á considerar cuan espuesta está una familia numerosa que libra su sustento en el trabajo asiduo de dos esposos, á perder á cada instante por la muerte del uno la mitad de sus recursos, y de hallarse absolutamente en la indigencia si les llegan á faltar entrambos; y se les dejará espuestos en tales circunstancias á los horrores del abandono y la miseria? Cualquiera que sea el honor y el estímulo que se intente dar al trabajo y á la aplicacion, como los únicos medios legítimos en que deba fundarse toda esperanza racional de subsistencia, es menester no llevar tan lejos la exageracion, ni suponer que en favor de aquellos móviles deban enteramente cerrarse los oídos á la piedad y á la conmiseracion.

Es un hecho que la esperanza se adhiere á los entes débiles que comienzan la vida, porqué tal vez de ellos se puede con el esmero y el cuidado sacar útiles y excelentes ciudadanos; y es claro que abandonándolos, sobre incurrir en una absoluta falta de humanidad, se cometería además el grave y funesto error de privar á la patria de útiles y buenos servidores. Mas triste es en esta parte la suerte de la endeble y miserable vejez en cuyo favor nada dice la esperanza, porqué tampoco pueden ofrecerla los que se encuentran ya en el punto de terminar una vida laboriosa; pero si habla por ellos, y mas fuertemente por lo mismo, la voz imperiosa de la santa humanidad, que se interesa á su favor y nos aparta con disgusto de la bárbara costumbre de los que conducidos tal vez por un sentimiento de generosidad hácia su triste estado, los condenaba á la muerte para libertarlos de sus continuos padecimientos. En la dulzura de nuestras costumbres actuales, tal idea inspira horror y es menester no incurrir en aquel crimen aunque por otros medios indirectos.

Se dice que ofrecer á la indigencia un socorro independiente de la industria y el trabajo, es establecer una ley contra estos, ó cuando menos contra el ahorro ó la economía. El estímulo mas seguro de la industria, es la necesidad presente; como el temor de la necesidad futura, es el verdadero móvil y el principio fundamental de toda economía privada: quitar pues aquella necesidad y hacer imposible este temor, es por consiguiente, en concepto de los que así discurren, el mas seguro medio para fomentar la pereza y la disipacion; y tales son los vicios de que sin razon acusan á estos.

piadosos establecimientos. No dudo, ni nadie podrá disputarles que aquellos sean en efecto los dos resortes del trabajo y la economía; pero tambien hemos visto que ellos son insuficientes en muchos casos, porque el ahorro y la economía son absolutamente impracticables entre aquellas personas que apenas cuentan con lo necesario por el trabajo de cada dia y que solo un corto número es el que únicamente puede con sus recursos, no solo llenar sus necesidades diarias, sino dejar un sobrante en reserva para la época en que ya no les sea permitido emplear sus fuerzas á fin de procurárselos; y tal vez esta sería la única clase á quien pudiera hacerse un crimen de su pobreza, y sobre quienes fuera tal vez de disimularse, aunque nunca se justifique, la dureza cruel que se necesita para negarles nuestros socorros, y suponer su desgracia como el castigo justo y necesario de su indolencia.

Se asegura que esas víctimas sacrificadas por su pereza prevendrán el mal considerable de que otros incurran en el mismo vicio; pero ¿quién nos asegura de la certeza y eficacia de semejante medio de correccion? Por el contrario, yo creo que su miseria, y aun su muerte, producirán poquísimo efecto sobre los de su clase, y que como leccion esta será siempre sumamente ineficaz. Prescindiendo de que su desgracia nunca tendrá toda la publicidad de un espectáculo para obrar como un castigo público sobre el comun de los hombres y producir el efecto que se le supone, es cierto tambien que la mayor parte, aun cuando le tuviere, no verían jamás en ella la conexion que existe entre la imprudencia que la ha producido como causa, y la desdicha que le sigue como su necesario efecto. Por el contrario, muy lejos de descubrir en ellos tal enlace, se inclinarian mas seguramente á mirarle casi siempre como la prueba mas irrecusable de toda la vanidad de las pobres combinaciones de la mezquina prudencia humana; y muy lejos de confesar que el infeliz que gime en la miseria, es el autor de su desgracia; estará mucho mas dispuesto á ver en él la víctima de las desigualdades sociales, que ha trabajado constantemente sin provecho y cuya suma laboriosidad no ha venido á producirle mas que disgustos y sinsabores para ser el juguete de la fortuna que se burló constantemente de sus mejores cálculos. Confesaré si se quiere, que será este en realidad un falso modo de razonar; pero tambien, ¿qué derecho tenemos para exigir mas luces é instruccion, ni mejores racionios de personas que por su clase estan condenadas á ejercitar mas sus fuerzas, que á cultivar sus facultades intelectuales?

Además, salta á los ojos del hombre menos reflexivo la excesiva inconveniencia de una pena que retardada en su ejecucion al último extremo de la vida, ha de venir á producir su buen efecto por una repercusion inconceivable sobre el otro extremo de ella, con quien sin embargo no tiene la menor analogía; porqué ¿cuál es la que existe entre el anciano que ve todo desaparecer para sí y el jóven que entra en la carrera de la vida lleno de esperanzas y ambicioso de goces y placeres? Para este último, dígase lo que se quiera, una pena puesta á semejante término de distancia, como que se encuentra fuera de su horizonte intelectual, segun lo ha indicado un hábil y profundo jurisconsulto, no puede menos de ser enteramente perdida, porqué es exigir demasiada reflexion de parte de unos hombres acostumbrados á pensar muy poco.

En oposicion á él, otro sabio no menos distinguido, examinando el modo con que estas pias fundaciones perturban la accion de las leyes inherentes á nuestra naturaleza, con la mayor vehemencia de argumentacion las acusa de disminuir las penas físicas, morales é intelectuales que causan los vicios al vicioso, aumentando la natural tendencia que inclina á entregarse á su torrente, y que lejos de propender á cohibir, favorece antes bien su propagacion. En su dictámen, respecto de estos hábitos viciosos á la sociedad, no cabe mas que optar entre el mal de la represion, dando á esas mismas penas físicas, morales é intelectuales toda la publicidad, certeza y energía de que son susceptibles, ó resignarse á sufrir su impunidad y su multiplicacion aun en daño de los mismos inocentes y de la sociedad entera, que es la víctima de semejante tolerancia. Los vicios producen penas y placeres, y si dejando subsistir estos últimos solo nos empeñamos en cercenar las primeras; claro está que despejamos el camino al hombre entregado á su curso; y que el vicio no tendrá ya freno alguno que le contenga, dejando indefensas y sin la menor garantía á las demás personas á quienes pueden ser aciagos sus resultados.

No es siempre cierto que las consecuencias de aquellas penas físicas, morales, é intelectuales hayan de recaer por forzosa necesidad sobre la persona del vicioso, ni es esclusivamente á ellos á quienes se dirigen los auxilios providentes y generosos de estas instituciones. Sin escluir de su goce á aquellas clases miserables, y que por degradadas que sean, llevan sin embargo el sello de la humanidad y son por lo mismo acreedoras á nuestra indulgencia, no limitan su noble influencia á protegerlas á ellas solas; sino que

entienden también su amparo á todo desgraciado ó indigente cual quiera que haya sido el camino que le llevó á sufrir los reveses de la fortuna. ¡Y porqué agravar en estos seres miserables los crueles efectos de unas penas que fueran entonces tan injustas como inmerecidas? Porqué no apresurarnos á reparar estos ciegos caprichos de la suerte, y endurecernos hasta el punto de cerrar nuestro corazón á sus lamentos.

Ya antes lo hemos dicho y la necesidad nos fuerza á repetirlo, que sea cual fuere la buena constitucion de un gobierno, existirá siempre una parte de la poblacion á quien su trabajo diario no basta para su propia subsistencia y la de su familia; otra á la cual si llega á alcanzarle, no le deja sin embargo un sobrante para mantener en reserva como recurso de que echar mano cuando la enfermedad ó la vejez, las revoluciones en el comercio, ú otros accidentes de la vida le inhabiliten para el trabajo. La miseria, el hambre y la desnudez, obrando como penas físicas, perseguirán á este desgraciado: ¿y podríamos mirar con indolencia sus males y padecimientos? Nada dirá en su favor la humanidad? Y qué pensaremos de una pena que indistintamente aflige al vicio y la virtud; qué no distingue de clases, y qué nosotros tampoco podemos distinguir ni apreciar por señales bastante ciertas para saber cuando es bien ó mal aplicada, ni cuando debemos concurrir con ella ó enervarla!

Reconocido el hecho cierto é indudable de que hay una clase de miserables, cuyo estado no es el efecto ni la consecuencia del vicio, y que también á aquellos se estiende la proteccion de estas instituciones de beneficencia, se vé desde luego cuanto flaquea el argumento que las condena como corruptoras de la moral y de las buenas costumbres, porqué cercenan los males que acompañan al vicio sin disminuir los placeres que le sirven de estímulo. Aun cuando este resultado fuese incontestable, todavía pudieran salvarse de la terrible condenacion en que se les envuelve, ya que su objeto no es solo aliviar las miserias que traen su origen inmediato de un hábito vicioso, y son el efecto de la corrupcion; sino también á aquellos que derivan de actos inculpables y á los que no puede fijarse ninguna especie de responsabilidad moral.

Pero avanzando todavía mas en su favor, nos será permitido sostener que aun circunscritas á reparar los males que acarrean las inclinaciones viciosas, nunca se harían acreedoras á la execucion y anatema que se ha lanzado contra ellas. Prescindiendo del

sentimiento de humanidad que las abona, y de la loable intencion de sus fundadores que por indisputable no ha podido jamás controvertirse; ello es cierto que haciendo justicia á irrealizables y quiméricas utopias, no cabe en política especie alguna de organizacion social de tal manera perfecta y acabada, que no deje lugar al vicio y á la corrupcion: mal forzoso é inevitable de la condicion humana, que es como el efecto necesario de su misma fragilidad, ya que es imposible su completa estirpacion, parece justo reparar sus fatales consecuencias y no olvidarnos que el que las sufre, sea por un efecto del vicio ó de su propia imprudencia, es un ser como nosotros, susceptible de flaquezas y capaz tambien de una regeneracion moral. El que al oir los lamentos del miserable que agoviado de una calamidad, háyala merecido ó no, en vez de sacarle del abismo en que se encuentra, se detuviese á contemplar si fué el autor de su desgracia, y si se la atrajo ó no por su temeridad; muy mala prueba daría de la sensibilidad de su alma, y podría servir de ejemplo de un corazon empedernido.

Se nos asegura que cercenan los padecimientos anexas por la naturaleza al vicio sin disminuir los estímulos del placer que le producen como causa, y que así le alientan y vivifican. Su primordial institucion sin duda es aliviar aquellos males; pero ellas no tienen tal tendencia de facilitar los placeres. El pensamiento que las produjo, deriva de la impotencia del poder público en la estincion total del vicio: debiendo ellos existir inevitablemente, cualesquiera que sean los esfuerzos del gobierno, y á pesar de su empeño en cultivar la buena educacion y las costumbres regulares y ordenadas, medios de correccion que tiene en sus manos, la misma humanidad inclina á reparar sus tristes consecuencias; porque cuando un mal es irremediable, se deben al menos corregir en cuanto sea posible los efectos que le son consiguientes y salvarle de unas penas que cuando no sean inmerecidas y por lo tanto injustas, serían en general ineficaces é infructuosas.

Mirando estos males físicos, morales é intelectuales con el carácter de una pena y considerándolos bajo este punto de vista, estamos lejos de encontrarlos revestidos de esas condiciones que se le atribuyen y que únicamente la justificarian en todo buen sistema de legislacion penal; pues que no es cierto que tengan la publicidad, certeza y regular economia que ellas piden de su naturaleza para que obren el bien y produzcan los buenos resultados que se espera por su medio. No son bastante ostensivos para repu-

tarse como un castigo público por la abyecta clase de miserables oscuros sobre quienes de ordinario recaen; y lejos de obrar como un espectáculo imponente que contuviese á los demás, vá á perderse entre unos pocos mas ó menos infelices tambien, que ya le contemplan como el resultado fatal de la suerte que se burla de las previsiones humanas, ó como el efecto de la imprudencia y de la ligereza que de seguro no ameritaban su imposición. Así aun concediéndoles esta calidad tan esencial á la pena, ellas en los casos de que se trata, no producirían su buen efecto como precautoras del vicio, si es que daban lugar á estas reflexiones por desacertadas que se las suponga: y que tal sucederá en el mundo, podemos responder de ello mientras no se borre la compasion del corazon humano y no se estinga enteramente toda sensibilidad de nuestras almas.

Ni goza tampoco del grado de certeza penal que le correspondia, si como ya hemos visto, recaen indistintamente sobre el hombre vicioso y el que es solo víctima de las desigualdades sociales, si no son la indispensable y necesaria consecuencia de aquel. En tal incertidumbre, ¿cómo acertaremos á distinguir cuando esos males son realmente la pena del vicio y el castigo impuesto por el orden de la naturaleza al quebrantamiento de los deberes morales, ó la desgracia inculpable del que pugna con la adversidad? O se nos querrá hacer creer que el hecho solo del sufrimiento de semejantes infortunios nos dá un derecho para cometer la injusticia de suponerlos merecidos? No es moral, no es humano, no es equitativo agravar con el ultraje á la miseria; mas conforme fuera con tales sentimientos aliviarla sin mezclarse á averiguar el origen de donde procede y tender una mano propicia al miserable que la implora: "miseris succurrere disco" es la leccion y el cántico sonoro de la santa humanidad.

Reputados aquellos males como pena, muy lejos de ser, no diremos económica, pero ni aun circunscrita á la persona del vicioso, es por el contrario dispendiosa, aberrante y estensiva hasta aquellos que no la han merecido, ni puede con justo título aplicársele. Tal es precisamente el caso á que en último término nos veríamos reducidos si para castigar el funesto extravío de los padres que se entregaron al infame vicio de la prostitucion,uviésemos que abandonar sus hijos envolviendo, en su comun miseria á los inocentes frutos de sus amores ilegítimos. Y si por ello lográsemos corregir el mal ó contener al menos sus efectos, por doloroso que

fuese el remedio, tal vez nos resignaríamos con él; pero la pena es de suyo poco eficaz y antes de extirpar concurre mas bien á ensanchar la carrera del crimen. La madre, que quizá debió á un momento de imprudencia ó al poder de la seducción su primera entrada en la senda del delito, si en vez de amparo y proteccion no halla en la sociedad sino á un verdugo, verá cerradas las puertas de la reforma moral y será naturalmente la enemiga del cuerpo que le repele de su seno. En vez de borrar su desgracia la ostentará con descaro, y si para ella el hijo es una carga, le espondrá á una muerte cierta, ó ahogando tal vez la voz de la naturaleza, atentará, lo que es peor contra su vida. La mayor parte de las mujeres que se consagran á tan deplorable é ingrato oficio, volverían á la senda del deber y de la virtud si la sociedad no las apartase de sí con tal dureza; pero se las hace incorregibles abandonándolas á su miserable suerte, y el vilipendio que las sigue á todas partes hace imposible su reforma moral y priva al estado de las ventajas que le vinieran de rehabilitarlas en la opinion.

Por otra parte esas penas perderían su carácter y solo obrarían como tales respecto de las personas pobres y necesitadas, porque no alcanza su poder sobre las ricas y las que se hallan medianamente acomodadas en punto á bienes de fortuna; la consideracion que estos prestan á las personas que los poseen, y su poder para con el comun de los hombres, deben hacérselas ineficaces, sustrayéndolas enteramente de la esfera de su accion. Ni es para ellas carga penosa el cuidado de sus hijos, ni tienen que temer tampoco el desden de la sociedad de que las salva, cubriéndolas con su manto, el prestigio seductor de las riquezas. Una pena que solo aflige al miserable, que no deja lugar al arrepentimiento: que hace imposible la reforma y se estiende además al que no ha sido delincuente: que no corrige el vicio ni consulta el bien de la sociedad, sino el de las personas ricas: ni tiene en realidad los caractéres que deben distinguirlo, ni tampoco merecía el entusiasmo con que se ha pretendido defenderla.

No hay, nos dice el mismo autor, sino dos medios únicamente eficaces para contener el torrente de la prostitucion y preservarnos de este vicio; el uno es disminuir, ya que no se puedan cercenar del todo los goces que le son anexos; y el otro es dar á las penas que son su consecuencia natural para el vicioso, aquel grado de publicidad, certeza y duracion de que son susceptibles. Y como él mismo conviene en que el primer medio es imposible, atendida la con-

dición del hombre, asegura que no se puede menos de apelar al segundo siguiendo el orden de la naturaleza, abandonando á sí mismas en vez de proteger á las personas viciosas, y ofreciéndolas en espectáculo á las demás para que puedan corregirse.

Si es imposible disminuir los goces que llevan á la prostitucion, porqué tal es la ley de la naturaleza que en vano se empeñarían en trastornar los gobiernos; ya hemos visto tambien cuan poco concurriría á la estincion del vicio ese medio que tanto se recomienda: inconveniente necesario aquel de toda asociacion, pues que cualquier remedio de absoluta estirpacion se hace impracticable, es preciso acomodarse con él, y mirándole como una desgracia mas de la especie, inscribirla en su numeroso catálogo y empeñarnos en restañar sus funestos efectos. Aun para la misma contencion del vicio tiene mas eficacia y será siempre de un influjo mas poderoso la dulce beneficencia: dejando á estos seres desgraciados abiertas las puertas de su rehabilitacion moral, es probable que se acogerán á ella, y que avergonzados por último de su torpe oficio, vuelvan á la sociedad una existencia que le debían como miembros útiles y activos.

Si no fuese cierto que la abundancia de los unos está destinada á suplir á la escasez de los otros, acusaríamos, sin quererlo, los decretos de la providencia, que preparando por un orden admirable el alimento á los demás animales, nos habría dejado solo á los hombres víctimas del hambre y de la miseria. No ceguemos del corazon humano por una falta filosófica las fuentes de la beneficencia, y ya que no podamos hacer mejor la condicion del hombre, cubramos al menos sus flaquezas y aliviemos sus necesidades: que nos sea lícito gustar el placer de hacer á otros dichosos y ya que tantas riquezas se invierten en las profusiones de la sensualidad, que una parte tambien se nos permita consagrarla á los pobres.

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA.

Deseando concurrir tambien por nuestra parte al designio que hemos visto seguido por algunos de acumular en sus publicaciones los documentos que les vienen á las manos para servir con el tiempo

de materiales á la historia de la isla; insertamos la relacion de méritos y servicios que en la villa de Santa Clara contrajo el Sargento mayor de aquellas milicias y alcalde ordinario de ella D. Manuel Lopez Silvero el año de 1.762, época de la invasion y entrega de esta plaza á las tropas de la nacion británica. Este documento, aunque parece de un interés individual y esclusivo del sujeto á quien es referente, envuelve sin embargo otro mas general, y que contribuye á la esplicacion de algunos hechos especiales de la época, que hasta ahora no fueron suficientemente conocidos y apreciados. Es una particularidad notable, y que á primera vista no se concibe con facilidad, la de que, siendo los pueblos del interior de la isla tan íntimamente ligados con la capital que la suerte de esta decide necesariamente de la de aquellos; rendida esta plaza y tomando su posesion las fuerzas británicas, no siguiesen sin embargo su ejemplo las poblaciones del interior, ni el ejército invasor continuase su conquista visto el éxito de su primera tentativa. Se necesitaba en ellas hombres del vigor, energía y temple de alma que nos presenta el que es objeto de esta relacion, que tiene por otra parte el mérito de darnos algunas luces para la acertada esplicacion de aquel fenómeno, ó hecho histórico, uno de los mas notables de aquella época, y que mas de una vez había llamado nuestra atencion. Excitada la curiosidad pública sobre todo lo que dice relacion con los acontecimientos anteriores de esta isla, creemos satisfacer aquel deseo con la insercion de este documento, y tal es nuestro único motivo al publicarle.

RELACION DE MERITOS Y SERVICIOS

de D. Manuel Lopez Silvero sargento mayor de milicias de la Villa de Sta.-Clara en la isla de Cuba.

—Por tres testimonios, dados en la ciudad de la Habana por Juan Antonio de Salinas, escribano público de marina, con fecha de diez y siete de setiembre de mil setecientos sesenta y cuatro, veinte y nueve de julio, y primero de agosto de mil setecientos sesenta y cinco; dos informaciones originales, practicadas ante D. Cristobal de Moya, alcalde ordinario de la Villa de Sta.-Clara, jurisdiccion de la ciudad de la Habana; una certificacion del consejo

justicia y regimiento de la propia Villa: otra de D. Lorenzo Montalvo, del consejo de S. M., intendente general de marina de aquel puerto é isla de Cuba; y otros documentos comprobados y legalizados en debida forma, consta, que habiendo tenido noticia el año de mil setecientos sesenta y dos, de estar sitiada la plaza de la Habana por la nacion británica, á la sazón que se hallaba de alcalde ordinario y sargento mayor de las milicias de la espresada Villa, cuyos encargos le constituían en la necesidad de tomar y dar providencias sobre las ocurrencias de ella, por no haber otro superior en lo político, económico y militar que lo ejecutase, y recibido al mismo tiempo varias cartas del Gobernador, teniente de rey, y otros sujetos á quienes el primero les había conferido la comision de que saliesen á los partidos de aquella jurisdiccion, á enterarles de la triste situacion en que estaba aquella plaza, en las cuales se le prevenía en nombre de S. M. lo publicase por bando, y remitiese de socorro toda la gente armada, municiones y abastecimientos que pudiese adquirir; y que socorriese la tropa, que marchase con el dinero que hubiese en las cajas reales de la enunciada Villa, ó en su defecto del de particulares; convocó á varios cabildos para tomar las medidas necesarias á fin de oponerse al enemigo, y logró en el que se celebró en tres de setiembre del referido año de mil setecientos sesenta y dos que se acordara perder todos sus vidas antes que dejar de mantener ilesos aquellos dominios á su soberano; en cuya consecuencia ansioso aquel consejo de subvenir á la necesidad de tan importante asunto, confirió al nominado D. Manuel Lopez Silvéro las facultades necesarias para providenciar lo mas conveniente, respecto el crédito de su conducta, valor y celo del real servicio; y se hizo cargo de esta comision con tanto ardor, que redujo á casi todos los vecinos y moradores de la propia Villa capaces de tomar las armas, á que marchasen al socorro de la Habana:—que de resultas de la rendicion de aquella plaza á la nacion británica, y de las fatigas y necesidades, que durante el sitio habían padecido sus naturales y forasteros, salieron de ella y sus cercanías multitud de gentes de todos sexos, clases y edades, despavoridas, á tomar refugio en los lugares internos de la isla: y por las necesidades é inclemencias del tiempo, enfermaron de tal suerte, que muchos fallecieron en los caminos, y otros casi moribundos arribaron á la sitada villa, donde continuando la epidemia de tercianas y otros graves accidentes en estremo, se vió precisado á formar dos cuarteles separados para la tropa reglada

de tierra, marina y marinería, donde se recogieron, y había continuamente mas de doscientos hombres. á quienes dispuso camas, y socorrió con todo el alimento necesario, médico y botica para su curacion, empleando en ello algunos intereses propios; y otros dos igualmente, pertrechados para los guachinangos, que así mismo recogió en la villa con mas de cuatrocientos morenos miqueletes libres y esclavos, que habían ido de la Habana:—que de los morenos libres forasteros formó dos compañías, y una de pardos de la misma clase, á los que por tener sus oficios, mantuvo fuera de cuartel, procurándoles el sustento, y que de esta forma estuviesen prontos á la seña de rebato:—que á todos los acuartelados de tropa y marinería se socorría diariamente por su disposicion con dos libras de carne y dos reales; y á los guachinangos y negros con tres pesos mensuales, fuera de la carnicería y medio diario para la vianda y cazabe; que desde la noticia de la capitulacion de la plaza, puso en varias haciendas de la raya de su jurisdiccion y la de la villa de Sta.-Clara diferentes piquetes de vecinos de ella, en número de mas de sesenta, provistos de fusiles, pólvora, balas, garnieles y demás pertrechos correspondientes.

Que hallándose la ciudad de Trinidad acometida del enemigo, le pidió socorro el teniente de Gobernador de ella, y le envió doscientos hombres, habilitados con el alimento y demás necesario para la marcha:—que con aviso que tuvo de que los ingleses tenían pastando en la sabana de Guamutas porcion de bueyes, que habían aprendido de los que se empleaban en la conduccion y trabajo del corte de maderas de S. M., y estaban para llevarlos á la Habana, destinó una partida de tropa y transportaron á la referida villa noventa y un bueyes, y cinco negros del rey, que puso con la debida custodia; y noticioso tambien, de que los nominados ingleses, intentaban tomar las referidas maderas, y otros utensilios que existían en los dos rios de Sagua, destinó varios piquetes para que los alejasen de sus bocas, como lo hicieron, no obstante la fuerza de armas que en su resistencia practicaron los enemigos, y los mantuvo avanzados en los surgideros, así para su custodia, como para rechazar cualquiera desembarco ú acometimiento que intentasen:—que para surtir de armas á la gente destinada en la villa, mandó por distintas ocasiones al castillo de Jagua por fusiles, pólvora y otras municiones, y á fin de que estubiese en defensa, como fronteriza á la plaza de la Habana, y que recelaba, intentase atacarla el enemigo, destinó una partida de gente y vaga-

tes, á la villa de S. Juan de los Remedios; y consiguió por medio de su oficio, que condujesen seis pedreros ó culebrinas, para cuyo uso mandó hacer seis cureñas volantes herradas, en que se montaron, costeando así mismo lanadas, atacadores, cucharas, y demás de que carecían; y para su manejo, formó una compañía de artilleros de la marinería más práctica: compró porciones de hierro y acero, é hizo fabricar machetes y lanzas, por estar destituidos enteramente de armas blancas: construyó cartucheras y garrinales, y parte de ellas de cuero crudo al pelo, para mejor resguardo de la pólvora y de menos costo, recogió todas las armas viejas y compuestas que se hallaron, y las puso corrientes, junto con las que consiguió del castillo de Jagua, y las que con destino para defensa de la Habana, llegaron de Veracruz: é hizo conducir por tierra á la espresada villa, por medio de las personas y bagajes que envió, habiendo pagado al capitán D. Pedro Mendoza que las condujo y demás que le acompañaban, varias cantidades por costos precisos de su transporte; que luego que fué sanando la gente detenida, pasó repetidas revistas, y formó las compañías y piquetes que le parecieron convenientes, y les nombró oficiales y cabos interinos para su mando cuando llegasen las funciones que se esperaban contra el enemigo, y dobló los piquetes de la raya con los forasteros y veteranos, haciendo retirar á sus casas á los vecinos que estaban avanzados; con cuya precaucion, no solo cortó é impidió el comercio que pudieran tener los pueblos con los enemigos que estaban apoderados de la Habana, sino que adquirió noticias útiles de los movimientos de estos; y por las que le comunicaban las espías secretas que continuamente mantuvo en aquella ciudad, pudo precaver sus intentos, y las ocultas correspondencias que pudieran ser contrarias á nuestra nacion y consiguió inmediatamente circular en dicha ciudad la voz de estar acuartelados en la enunciada Villa de Sta.-Clara, mas de cinco mil hombres, con lo que reconoció, que los ingleses procedían con temor y no se atrevían á salir de la plaza, y aun guardaban mas urbanidad y precaucion dentro de ella, como se verificó al tiempo de llevar á la Habana de órden del Teniente de Gobernador (publicadas ya las paces) mas de cuatrocientos negros que había recogido en la Villa, propios de algunos hacendados de aquella ciudad, pues cerraron las puertas, é hicieron otras demostraciones de temor.

Que habiendo publicado bando en Sta.-Clara de órden del Gobernador de Cuba (en quien después de la rendicion de la Ha-

bana, residía la comandancia general de toda la isla) para que de las tropas detenidas en aquella Villa, se presentasen los que voluntariamente quisiesen ir al socorro de la enunciada ciudad y resistiéndose generalmente á ella por estar enfermos y no haber cavalgaduras para transportarse, persuadió con eficacia á los que podían emprender la marcha, y con efecto consiguió mandar varias partidas surtidas del bastimento necesario para ello.

Que habiendo intentado diferentes ocasiones, durante la guerra, entregar de los quinientos y mas negros forasteros, dispersos y acuartelados en la Villa, algunos á sus dueños que los buscaban con señas y nombres, le fué preciso desistir, así porqué comenzaban á tumultuarse, como porqué hallándose los mas vecinos y aun forasteros enfermos, si hubiera insistido en su entrega, no le fuera fácil sujetarlos, esponiéndose á mas fatales resultados.

Que por estar sumamente rotas é indecentes las ropas de los acuartelados, hizo medio vestuario á dos compañías de tropa reglada, á otras dos de guachinangos; á varias de negros y á otros piquetes de miqueletes blancos vistió con unas casacaquetas verdes que para este efecto había mandado hacer el gobernador de la Habana.

Que rendida aquella plaza, como los lugares de la isla habían dejado sus armas, y por este motivo estaban temerosos sus habitantes de la indefensa contra las fuerzas del enemigo, luego que el nominado D. Manuel Lopez Silvero comenzó á detener en la Villa de Sta. Clara la gente referida y socorrerla y armarla; á su ejemplo y á impulso de las fervorosas cartas que escribió á los demás pueblos, exhortándolos á la defensa, ofreciéndoles socorro y amenazándoles de lo contrario; se vigorizaron y dispusieron enteramente á ella; y consecuente á lo referido, habiéndose indispuesto los Alcaldes ordinarios de la Villa de S. Juan de los Remedios con su Teniente á guerra y pedídoles auxilios aquellos, por hallarse su puerto indefenso, facilitó pasase á ella el licenciado D. Ignacio José de Urrutia y Montoya su asesor, y que sus persuaciones y eficacia los acordase y uniese al mejor servicio del Rey y guarda de sus derechos, y á este fin les envió cincuenta fusiles y otros pertrechos.

Que en virtud de la carta que les escribió el comandante del castillo de Jagua, manifestándole la falta de dinero que tenía para el prest de la tropa de su guarnicion y los temores de su desercion le socorrió con lo que pudo.

Que para suplir los gastos y erogaciones referidas se valió de algun caudal del que existía en las cajas reales de aquella Villa; de

mil pesos de préstamo de un vecino particular, y de poco mas de dos mil del dinero que embargó en ella, perteneciente al Coronel D. Carlos Caro; y no alcanzando estas cantidades, puso de su caudal todo lo que tenía en especie; el de sus rentas, y el que produjo la venta de dos casas propias que enagenó por la mitad menos de su valor, para salir de tan urgentes necesidades.

Que con motivo de haber arribado á la mencionada Villa de Sta.-Clara D. Francisco Escanes, nombrado teniente á guerra de ella, dada noticia de que un piquete de ingleses marchaba á su jurisdiccion, salió personalmente el nominado D. Manuel Lopez Silvero con algunas compañías hasta la raya, con el fin de contenerlos; y en esta ausencia, se apoderó de hecho propio el citado teniente á guerra de todas las armas y municiones que habían quedado en la Villa; é igualmente recogió las de los piquetes, cuando los mandó retirar sin hacerles el cargo debido por los recibos que habían otorgado al enunciado Silvero.

Que por haberse reusado el teniente de oficiales reales de la espresada Villa á intervenir en la paga de la gente que ocupó en los asuntos relacionados del real servicio, lo ejecutó por sí el mencionado D. Manuel Lopez, sin mas diligencia que el recibo de los capitanes y hacendados que daban alimentos á los piquetes; que noticioso al principio de la rendicion de la Habana, algunas personas se preparaban á que la citada Villa y demás lugares de la isla capitulasen, pero él inflamado del amor á S. M. y á la patria, y auxiliado de su valor, entusiasmo y cordura, reprendió severamente y apercibió con el correspondiente castigo á muchos: de modo que á no mediar su esfuerzo y acertadas disposiciones hubieran practicado su proyecto: debiéndose igualmente á su celo, pericia y actividad que los enemigos no lograsen sus intentados movimientos contra la referida Villa y resto de la isla y rendirla, como lo hubiera ejecutado, á no tomar de ante mano el nominado D. Manuel Lopez las prudentes medidas que quedan espresadas.

Que concertó el plan atrevido y valeroso de restaurar la Habana á fuerza abierta, dictando al efecto providencias cuerdas y tan oportunas que fueron todas aprobadas por las personas fieles de la isla, y cuya ejecucion impidieron varias consideraciones del Gobernador de Cuba, y las noticias que sobrevinieron de la paz; habiéndose portado en esta crítica ocasion con tal fervor, que era quien hacía frente, y principalmente mantenía la constante fidelidad de todo el país.

Que en prueba de que su único objeto era solo sacrificar su reposo, casa, bienes y aun la vida, en obsequio de su soberano, condujo á costa suya desde la Villa de Sta. Clara al ingenio del intendente de marina de la Habana, veinte y dos negros pertenecientes á S. M. sin permitir se le satisficiese cantidad alguna, no obstante que los vecinos particulares de aquella ciudad le pagaron al respecto de diez pesos por cada uno de los que le entregó; por lo cual y en atencion al especial servicio que hizo y queda referido en la aprehension de los ueyes, negros, y otros utensilios que estaban en los rios de aquellas inmediaciones con destino al corte y conduccion de maderas para la fábrica de bajeles que intentaban formar los ingleses y otros que espresa, certifica el nominado intendente le considera digno de las gracias y honras que S. M. fuese servido hacerle.

Que para mas bien dirigir sus providencias, determinó que le acompañase y asesorase el licenciado D. Ignacio José de Urrutia y Montoya, vecino de la Habana, y le mantuvo en su compañía desde fines de setiembre hasta principios de diciembre del citado año de mil setecientos sesenta y dos, con incesante fatiga en el despacho y direccion de tan ejecutivos y graves asuntos.

Que el citado D. Manuel Lopez Silvero nació en la Villa de Sta. Clara el dia diez y siete de Abril del año de mil setecientos diez y ocho; y fué hijo legítimo y de legítimo matrimonio del Alferez D. Gregorio Lopez y de Doña Ana Sarduy; nieto por línea paterna de D. Francisco Lopez y de Doña María de Aguilar y por la materna de D. Francisco Sarduy y de Doña Ana Ramirez: todas personas de distincion, cristianos viejos, limpios de toda mala raza; y como tales han obtenido, y lo mismo sus acendientes, empleos honoríficos de república y del tribunal del santo oficio de inquisicion, como lo ha practicado el nominado D. Manuel, pues desde el año de mil setecientos cuarenta y tres está sirviendo continuamente á S. M., en los de alferez, ayudante y sargento mayor de milicias, y ha ejercido el de alcalde ordinario de la propia Villa, los años de mil setecientos cuarenta y ocho, mil setecientos sesenta y uno y mil setecientos sesenta y dos, acreditando su notorio celo y desinterés en beneficio del Rey y del público, segun consta de las dos citadas informaciones recibidas ante las justicias de ella, y de una certificacion del ayuntamiento en que añade que por sus servicios y buena conducta, le considera acreedor á mayores asensos. Como todo mas por menor resulta de los enunciados documentos, que existen en esta secretaría del consejo y cámara de las

Indias, respectiva á la negociacion de las provincias de Nueva-España y otros que exhibió la parte y se le volvieron dejando testimonio de ellos. Madrid trece de septiembre de mil setecientos sesenta y seis. Es copia de la original que el propio dia se formó en la entendiada secretaría donde queda—Luis Fernández de Hermosilla.

REAL CEDULA.

El Rey: por cuanto por parte de D. Manuel Lopez Silveró, vecino de la villa de Sta.-Clara en la isla de Cuba, se me ha representado con diferentes testimonios que el año de mil setecientos sesenta y dos, hallándose ejerciendo los empleos de alcalde ordinario y sargento mayor de las milicias de la propia Villa tuvo noticia de estar atacada la plaza de la Habana é inmediatamente la empezó á socorrer, no solo con las milicias y víveres de todo aquel país, sino auxiliando los socorros que ocurrieron del Cayo, Trinidad, Sancti Spiritus, Puerto del Príncipe y Santiago de Cuba, que recogió los soldados y demás gentes dispersas que huían del enemigo luego que se rindió la plaza, alojando y animando con mucha diligencia á todas las personas que en aquella ocasion andaban despavorida, y después de aliviarlas reforzó las milicias del país, infundiendo valor á sus moradores para defenderse y ofender al enemigo á quien procuró impedir toda especie de entrada ulterior en el país, amenazándole con las firmes y notorias disposiciones de fortificarse y algunos preparativos de atacarle, para lo cual recogió, compuso é hizo armas y tomó todas las medidas que pudiera circunstanciar un soldado esperto; que concertó el plan general de restaurar la Habana con prevenciones acertadas que aprobaron todas las personas fieles de la isla cuya ejecucion impidieron varias consideraciones del gobernador de Cuba y las noticias que sobrevinieron de la paz; que de sus resultas convocó al cabildo y con él tomó en diversos ayuntamientos las medidas necesarias para oponerse al enemigo victorioso, llegando por su influjo á lograr la resolucion acordada en tres de setiembre del citado año de mil setecientos sesenta y dos, de perder su vida antes que dejar de mantener ilesos aquellos dominios á su soberano; habiendo sido el caudillo de esta y de las demás vigorosas determinaciones de aquel país; que mantuvo el crédito de la nacion en todas las fronteras, escarmentando á los ingleses

que intentaron extraer las maderas que estaban cortadas y para embarcarse en los rios Sagua la grande y chica, procediendo en todo con prudencia y valor; que no contento con el desempeño de tan arduas comisiones, tuvo la generosidad de vender parte de sus bienes raíces para ejecutarlas, sacrificando su reposo y caudal en obsequio de mi real nombre, lo que ha continuado aun después de la guerra, no admitiendo el costo de la aprehension y transporte de veinte y dos esclavos desde la villa de Sta.-Clara hasta entregarlos al intendente D. Lorenzo Montalvo; que sin embargo de que no tuvo otro objeto que el de servirme, había experimentado en la ciudad de la Habana que tratándole con sumo rigor sobre las cuentas que dió de los caudales que administró durante el sitio y después de la capitulacion de aquella plaza, no se le abonaron muchas partidas realmente erogadas, ni restituía la suma de cinco mil ciento veinte y siete pesos y siete reales que se le estaban debiendo por suplemento indubitable en ocasiones tan críticas y con solo el movimiento de su amor á la patria; que habiéndose glosado y fenecido por D. Miguel Altarriva intendente de ejército y de mi real hacienda en aquella isla D. José Antonio Gelavert y el Marqués Justis de Sta.-Ana, presidente y contadores del tribunal de cuentas de las de barlovento, la que presentó del caudal de la real hacienda que administró en la espresada villa de Sta.-Clara, siendo sargento mayor de ella desde el mes de junio del enunciado año de mil setecientos sesenta y dos que fué sitiada la espresada plaza de la Habana hasta enero de mil setecientos sesenta y tres que se comprendió en aquella jurisdiccion el tratado definitivo de la paz, después de purificar por los comprobantes de su justificacion en su favor el alcance de los citados cinco mil ciento veinte y siete pesos seis reales conforme á las resultas y diferencias que en su exámen y reconocimiento notaron, por auto definitivo que proveyeron los nombrados intendente y contadores en treinta de marzo del año próximo pasado dijeron entre otras cosas, que respecto de que sobre el todo de los gastos causados ocurría el reparo de haberle ejecutado por sí y no por el teniente de real hacienda como correspondía, y que sus comprobantes no parecían intervenidos por los comisarios nombrados por el cabildo en cuatro de octubre del mencionado de mil setecientos sesenta y dos, declaraban por inconforme el importe de los gastos que de propia autoridad había ejecutado, á menos que justificase la que tuvo para ejecutarla; que consecuente á este proveído y en vista de la representacion que hizo satisfaciendo á las

resultas, cargos y diferencias que se le hacían en el referido auto proveyeron otro en veinte y dos de mayo del propio año declarando por legítimos y de abono los gastos hechos en cumplimiento de las órdenes que se le comunicaron por sus inmediatos gefes y que tuviesen las cualidades de probables y verosímiles con respecto á los fines en que se emplearon igualmente que aquellos que sin órden superior se espendieron en asuntos útiles y urgentes en quienes concurrieran las mismas circunstancias que en los antecedentes, como tambien los causados en la subsistencia de la tropa reglada y milicias acuarteladas por haberse empleado algunas en fines del real servicio todo con reserva á mi real resolucion, quedando en el interin retenida la citada cantidad para sufragar en todo evento ó cubrir los intereses de mi real erario, suplicándome que mediante hallarse de tres años á esta parte, enredado en las espresadas cuentas, ausente de su casa y hacienda de campo, fuese servido de mandar que inmediatamente se le pagase su alcance, indemnizase de todos los perjuicios y costos que se le han ocasionado por su fervoroso desvelo en servicio de mi corona y habían exigido por el exámen de las enunciadas cuentas; y vista esta instancia en mi consejo de las indias, con lo que en su inteligencia y de lo representado por el tribunal de cuentas de la Habana con fecha de quince de agosto del espresado año próximo pasado, informó la contaduría general del mismo consejo, y espuso mi fiscal y consultádome sobre ello en cuatro de junio de este año; he resuelto mandar que se satisfagan al nominado D. Manuel Lopez Silvero, los citados cinco mil, ciento veinte y siete pesos seis reales que solicita. Por tanto: por la presente mi real cédula, ordeno y mando al gobernador y capitan general de la isla de Cuba y ciudad de S. Cristóbal de la Habana, al intendente de ejército y real hacienda de la propia isla, á los contadores del tribunal de cuentas de ella y de las de barlovento, que cada uno en la parte que respectivamente le tocara, guarden, cumplan y ejecuten puntual y efectivamente la espresada mi real resolucion segun en la forma que vá referido, por ser así mi voluntad; y que de la presente se tome la razon en la espresada contaduría general. Fecha en Aranjuez á siete de julio de mil setecientos sesenta y seis.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor—Tomas del Mello, director general.—

Derechos de refrendata y secretaría, cuarenta reales de plata.



SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

CRITICA.

Relacion de la real casa de maternidad de esta ciudad, en la cual se comprende la antigua casa cuna, refiriéndose sus fundaciones, deplorable estado y felices progresos que después ha tenido hasta el presente, escrita por D. Evaristo Zenoa, abogado de la Real Audiencia del distrito y vocal secretario de la junta que gobierna este asilo de piedad.—Un tomo en 4.º de mas de 400 páginas.—Habana 1838.

Circunstancias accidentales, independientes de nuestra voluntad y buen deseo, nos habían impedido hasta ahora el hacer mencion de la obra que anunciamos, tan recomendable por la importancia del objeto que trata, como por la multitud de noticias y documentos útiles que en ella ha recopilado su laborioso y diligente autor. La casa de maternidad de la Habana, no solo merece ser conocida como instituto benéfico, y como remedio á uno de los males mas inveterados y mas difíciles de curar, con que la relajacion de costumbres aflige al cuerpo social; sino que gobernada y asistida por dos juntas en parte electivas, es muy conveniente que las personas que en lo sucesivo sean llamadas á formar parte de las mismas, encuentren reunido en un volúmen de fácil manejo, todo cuanto necesiten saber para el cabal desempeño de sus honoríficos deberes. Así es, que bajo el doble aspecto de *monumento histórico* y de *manual instructivo*, la obra que nos ocupa es digna de aprecio y de especial recomendacion.

Comprende la parte histórica dos épocas distintas, á saber: la historia del origen, lánguida y arrastrada existencia hasta nuestros dias de la antigua casa Cuna, y la de la actual casa de maternidad, que hemos visto nacer, crecer y prosperar á impulsos del celo é incansable caridad de un respetable y virtuoso eclesiástico, el Excmo. Sr. D. Mariano de Arango: esta segunda parte está dividida en cuatro secciones, que tratan de la creacion de dicha Real casa; del objeto y sistema de gobierno de la misma; de sus capitales, rentas y arbitrios; y en fin, de las condecoraciones y gracias con que son renumerados sus bienhechores. Trataremos sucintamente, como conviene á nuestra obra, de cada uno de estos puntos.

La antigua casa Cuna de la Habana, fué fundacion del Ilmo. Sr. D. Diego Evelino de Compostela, prelado de esclarecidas prebendas, á quien se deben muchos de los mas útiles establecimientos públicos que cuenta esta capital, como son el hospital de convalecencia de Belen, el colegio-seminario de S. Carlos y el de niños de S. Francisco de Salas; y si bien este venerable pastor dió después á las monjas carmelitas el edificio que había señalado á los espósitos, ni la oscuridad de los tiempos, ni la falta de datos permiten juzgar acertadamente de este suceso, ni es creíble que dejase abandonadas las infelices criaturas que su acendrada piedad había empezado á recoger.

Estraña el autor que en el espacio de casi dos centurias no hubiese una alma compasiva que se moviera á disponer albergue en que estos seres abandonados de sus padres hallasen proteccion y vida. A nuestro entender puede esplicarse fácilmente esta omision, sin culpar á nuestros mayores de negligentes ó desapiadados, atribuyéndola á la pereza y sencillez de las antiguas costumbres, que no dejaban sentir la necesidad de un asilo semejante. Nadie busca remedios para males desconocidos, y supuesto que en los dos primeros siglos no hubo incluso en la Habana, la conclusion que legítimamente debemos sacar, es que entonces no era necesaria.

Otro hecho muy curioso nos revela la historia de esta institucion, y es que desde fines del siglo XVII ó principios del XVIII en adelante, siempre el impulso le vino del exterior, sin que de parte del vecindario se notase otra cosa que indiferencia y flojedad, lo que prueba á nuestro entender que el daño de la esposicion era todavía de poca trascendencia: si hubiera sido frecuente el espectáculo de párvulos abandonados en los parajes públicos, el grito de la humanidad y de la religion se habría oido, apresurándose todos á tomar medidas mas eficaces que las adoptadas hasta entonces. No es esto decir que la pobreza, el temor de la infamia y otras causas no hiciesen esponer de vez en cuando algun niño: estos acontecimientos se repiten en todas las poblaciones de alguna consideracion; pero las madres tomarian sin duda algunas precauciones preliminares, para que el espósito en vez de ser confiado á la caridad pública, cayese en manos de personas ricas y piadosas, ó de las que tenían obligacion de asistirle. Entretanto crecía la poblacion, y crecía con rapidez; se pronunciaba mas y mas cada dia la desigualdad de fortunas al paso que se aflojaban los vínculos de la moralidad y de la opinion pública, y ya no bastó la antigua

pobre y mal constituida inclusa de la Habana para satisfacer las necesidades que emanaban de un nuevo estado social.

Preparadas de este modo las vías para una mas estensa y mejor organizada institucion, una casualidad feliz puso á disposicion del varon respetable que ya dejamos citado, la crecida suma de \$1400 con facultad de emplearla en aquel objeto piadoso que creyese mas conveniente y necesario, y desde luego concibió el sabio y laudable proyecto de refundir la casa Cuna en un establecimiento mas lato, capaz y mejor gobernado, que además de proveer á las primeras necesidades de los inocentes espósitos, no los perdiese enteramente de vista en los años subsecuentes de su vida y ofreciese además una salvaguardia al honor de las familias; y aunque sus planes fueron cordialmente acogidos por las autoridades locales y por el gobierno peninsular, es preciso reconocer que si no hubiera luchado con increíble perseverancia por espacio de siete años contra los obstáculos que á cada paso le oponían el interés individual, el influjo de corporaciones otro tiempo poderosas y temibles y los enredos forenses, sus generosos y benévolos designios se habrían frustrado completamente.

Ahora que este hermoso establecimiento cuenta cerca de ocho años de existencia y durante los cuales han podido experimentarse sus salutíferos efectos, remediar lo que pudo tener de imperfecto en un principio, y adoptar las medidas mas eficaces para su engrandecimiento y prosperidad, no podemos dejar de convenir en que lo que vulgarmente se llama fortuna, y que para el hombre reflexivo no es mas que el resultado forzoso de las leyes inmutables que rigen al universo, tiene una parte muy grande en los negocios de este mundo sublunar, complaciéndose unas veces en contrariarlos y otras en favorecerlos. Si el Excmo. Sr. Arango, (cosa que era muy factible) hubiera fallecido durante el curso de los largos y complicados litigios que se vió obligado á sostener, primero con los herederos de D.^a Antonia María Menocal, y después con la comunidad de RR. PP. Franciscanos, es muy probable que los cuantiosos bienes de aquella señora se hubiesen aplicado á otros usos distintos, que los religiosos estarían todavía muy sosegados en el hospicio de S. Isidro, y que la malhadada casa Cuna continuaría remitiendo al cementerio con espantosa puntualidad la inmensa mayoría de los desventurados párvulos que entran en su recinto.

“La experiencia tiene acreditado en todos tiempos con muchos tristes ejemplares, que los establecimientos públicos, especial-

mente los destinados al socorro de la humanidad, ya esten fundados y vigilados por los gobiernos, ó ya lo sean por asociaciones ó personas particulares, degeneran de los fines de su instituto y caminan aceleradamente á su ruina, si no se hallan regidos por una corporacion ilustrada, que animada de entusiasmo patriótico, cuide por medio de buenos estatutos de la direccion de todas las operaciones."

Partiendo de este inconcuso principio, la casa de maternidad de la Habana tiene para su gobierno una junta compuesta de las autoridades superiores, civil, eclesiástica y fiscal del fundador, de varios miembros del Ayuntamiento y de un número indeterminado de vecinos, que se eligen entre los mas ricos y considerados. Otra junta numerosa formada por las principales señoras de la capital, cuida de todo lo que tiene relacion con la esmerada asistencia de los espósitos; combinacion feliz que sin escluir ninguno de los elementos de accion, reúne en beneficio de estos seres desvalidos la fuerza y la energía de voluntad, que es propia del hombre, con la delicadeza y escrupulosidad en los pormenores, peculiar al bello sexo. Estensos y bien meditados reglamentos determinan con precision, no solo las atribuciones de ambas juntas, sino tambien las obligaciones y facultades de cada una de las personas que intervienen en la administracion de un establecimiento tan vasto y complicado.

El día de su instalacion ascendían los capitales de la casa de maternidad á \$254.233 6½ rs. en esta forma: 95.843 con 4 pertenecientes á la casa Cuna, 143.895 con 2½ de los bienes de la difunta D^a Antonia María Menocal, y 14.509 donados generosamente por el Excmo. Sr. fundador de sus propios bienes; pues no contento con los esfuerzos de su religioso y patriótico celo, quiso dar esta nueva muestra de su noble desprendimiento. Estas sumas producen anualmente un rédito de \$16.414 6 rs., en el cual se incluye la pensión con que acude la Real hacienda. Los nuevos recursos que en época posterior se han ido planteando, han aumentado el capital hasta \$321.368 3 rs., y la renta anual á 21.731 con 7.

Para la administracion y arreglado manejo de tan cuantiosos bienes, y para que los gastos se redujesen á lo estrictamente necesario, sin mezquindad ni desperdicio, segun conviene á los caudales públicos; ha adoptado la junta de gobierno disposiciones muy sabias y prudentes. Citaremos en particular una, porqué llamó en su tiempo la atencion de muchas personas, y no fué recibida por todas con igual aprobacion. Hablamos de la supresion de la plaza del médico de la casa, medida tan juiciosa como arreglada, no mi-

rándola precisamente bajo un punto de vista económico, sino bajo el de su completa inutilidad, pues era imposible que un solo facultativo pudiera asistir á tan crecido número de espósitos diseminados en toda esta vasta poblacion. El temperamento que se adoptó, no solo proporcionó un ahorro de \$ 288 anuales, sino además la puntual asistencia de los niños en sus frecuentes enfermedades.

“Reconocida la máxima de que el interés individual es el principal resorte de las operaciones del hombre, lo está igualmente que todas sus empresas y designios nacen de ese germen que se desarrolla en diferentes formas, segun la índole, costumbres y sentimientos de los individuos. Generalmente domina el fecundarle por su directo influjo en los sucesos de la vida civil; pero descuellan espíritus sublimes que valuando la estimacion comparativa de las cosas, prefieren el honor, y ejecutan por él lo que desdenarían al incentivo de las riquezas, contemplan el respeto, los elogios y el concepto de sus semejantes como el colmo de la felicidad, y por conseguirlos de sus contemporáneos, y excitar gloriosos recuerdos en la posteridad, arrostran todo género de peligros, sacrificando hasta su propia existencia.” Consecuente á estas máximas saludables y á estos nobles y generosos móviles de las acciones heroicas, concedió S. M. en su real cédula de 29 de Febrero de 1830, aprobatoria del establecimiento, una cruz de distincion para condecorar á las personas de ambos sexos que le hagan servicios importantes ó donaciones que pasen de 6.000 pesos, la cual se lleva pendiente de una cinta azul celeste ó de una cadena de oro, al cuello por los eclesiásticos y señoras, y prendida del ojal de la casaca por los seglares. Varias personas de uno y otro sexo han recibido ya esta honorífica condecoracion, entre las cuales se cuentan los Excmos. Sres. Ricafort y Arango, y las Excmas. Sras. Condesa de Villanueva, de Fernandina, de la Reunion, Doña Rita Quesada de Arango, Doña María Antonia Calvo de Montalvo y Doña Rosa Arango de Quesada.

Las puertas de este asilo de piedad se abrieron á los infelices espósitos el dia 14 de Octubre de 1832, en celebridad del fausto cumpleaños del Sr. D. Fernando 7.^o su decidido protector, como lo han sido siempre de todos los establecimientos útiles los monarcas españoles, de cuya verdad nos suministra repetidos ejemplos el mismo resúmen histórico que nos ocupa. Desde entonces ha continuado progresando con rapidez no solo en la distribucion de su benéfica asistencia á cuantos la han reclamado, sino tambien en riqueza y prosperidad, efectos debidos á un mismo tiempo al ampa-

ro que en todas ocasiones le han dispensado nuestras sabias y cristianas autoridades, y al celo y ejemplar decision de sus esclarecidas juntas de gobierno y piedad, entre cuyos miembros no podemos dejar de distinguir muy particularmente al ilustre fundador, cuya existencia se halla como si dijéramos identificada con la de la casa de maternidad. En prueba de la utilidad, ó mejor diremos, necesidad absoluta que había ya de remplazar con alguna cosa menos nociva y mas propia de un pueblo humano y civilizado la antigua casa Cuna, nos bastará citar un hecho consignado en el oficio que con fecha 18 de octubre de 1834 dirigió á la junta de piedad la Excm. Sra. Doña Rosa Arango de Quesada, renunciando la secretaría de la misma junta por tener que ausentarse, y es que durante el gobierno último de la existencia de aquella, solo se salvaron nueve niños de 158 que recibió, al paso que en el primero de la casa de maternidad, á pesar de contarse en él el mortífero período del cólera-morbo, sobrevivieron 105 de 197 que entraron en su recinto.

Los documentos recogidos en el apéndice, y que por sí solos componen la mayor parte del volúmen de que vamos tratando, pueden dividirse en tres clases. Comprende la primera, las piezas que ilustran ó confirman los hechos referidos en el resumen histórico, ó que merecen conservarse como dignas de recordacion: en esta categoría entran los señalados con los números 1 á 12 excepto el 3, y tambien los números 17, 29, 30, 32 y 33. La segunda parte, ó sea el ceculario del establecimiento, nos ha parecido harto incompleta, pues solo encontramos en ella la real cédula ya citada de 29 de Febrero de 1830 y la real orden de 5 de Octubre de 1836 que concede permiso á la maternidad para enagenar sus fincas. La tercera en fin, que es la mas estensa y la mas necesaria á los miembros de una y otra junta, abraza los reglamentos, acuerdos, modelos de estados y demás piezas instructivas que deben servirles de guia para el cumplimiento de sus respectivas obligaciones.

Al terminar este sucinto bosquejo de un libro digno de la atenta lectura del amigo de su patria y de la humanidad, séanos permitido felicitar al pueblo habanero por contar dentro de sus muros uno de los asilos de beneficencia mas útiles y mejor organizados de que pueden alabarse otras capitales de ambos continentes, y dar en nombre del mismo pueblo á las dos respetables corporaciones que estan á su cabeza, las gracias á que se han hecho acreedores por sus ilustrados y bien dirigidos trabajos, productivos de gloria para el país y de incesantes socorros á la inocente y desvalida horfandad.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

MI VIAJE A TIERRADENTRO.

PRIMER ARTÍCULO.

Para un hombre que no ha dejado nunca su tierra natal y que ha tenido la fortuna de nacer en la Habana, hay pocos sacrificios que le sean tan penosos como el de hacer un viaje á tierradentro. Si se tratara de ir al Norte-América, á ver las cataratas del Niágara, y admirar las rubias de ojos de cielo que recorren las márgenes encantadoras del Misisipí; ó de admirar la hermosa Italia y derretirse á la vista de unos ojos negros como el azabache, que fascinan al habanero como los de la serpiente al pajarillo; ó de soñar despierto en la opulenta Francia, en un París donde la vida se acaba sin apercibirse, porqué ha corrido bajo la voluptuosa aureola de unos ojos pardos, y de una elegancia llena de coquetería, que convida al placer, encubre las penas, y nos transporta al tiempo de las hadas; ciertamente que no vacilaría un momento, y que desde la primera idea del viaje comenzaría á gozar con la prestigiadora idea de tantas ilusiones.

¡Pero ir á tierradentro!!! Es para un habanero como sería en el siglo pasado á un inglés, ir á los higlanders. Y mas le valieran porqué al menos adquiriría reputacion de sabio, de naturalista. En cuanto á mí, mejor quisiera contemplar los oasis del desierto. Allí me acompañaría un mundo de recuerdos; poblaría los arenales, estudiaría la decadencia del linaje humano, y nuevo Volney, contaría lo que viera, describiría lo que imaginara, y con el pomposo título de - MIS VIAJES - inmortalizaría las obras de mi imaginacion. ¡Pero ir á tierradentro...! Es bien prosaico.

Quiero ante todas cosas informarme en qué clase ha colocado Cuvier los habitantes de aquellas tierras. ¿Señá Pancha la ama de llaves de mi tío; ño Gregorio, médico que curó del padrejón á su caletero, serán gentes como nosotros? Están vestidos á la moda? En fin, ¿se come solo ajíaco y dulce de guayaba?—Son cuestiones de la mayor importancia que debo resolver para obrar en consecuencia. Por lo que toca al carácter, sé por tradición que es bravo, y por quitame allá esas pajas le soplan á un cristiano doce balas en el cuerpo, con una máquina infernal que llaman *trabuco*. ¡Pobre Claudio! En qué berengenal te ha metido la herencia de tu tío el canónigo que te daba tan buenos consejos! ¿Porqué el bendito sacerdote no cambiaría sus cacaotales, sus hatos y potreros, por una buena quinta en el Cerro, y un par de casas de alto en la calle de Mercaderes? Ahora serías pacífico poseedor de mil pesos de renta mensual sacados de los alquileres, tendrías los altos de una de tus casas para el invierno, la quinta para el verano! Pobre señor! Dios le tenga en paz y perdone las amarguras que me hace pasar. Si no fuera porqué sus haciendas valen doscientos mil pesos, yo no le perdonaría. Pero Dios es misericordioso, y la buena intencion salvará á mi tío. Esta gente que vive mas allá de Puentes Grandes, debe tener un sentido mas, ó un sentido menos que nosotros. De otra suerte ¿cómo podrían estar en la isla de Cuba y no vivir en la Habana? Hay gato encerrado: veamos á Cuvier.

Mi carácter naturalmente sencillo, como se verá por mis obras, quedó completamente chasqueado. Hallé indios, negros, circasianos: en fin, de todo hallé en el naturalista menos tierradentos. Raza desconocida en la historia, ¿seré yo quien te describa primero? De qué me sirve Humboldt, cuando ni siquiera la menciona? Estos hombres sabios no se ocupan sino de longitudes y latitudes, rentas y gastos, y maldito si sirven de algo: ¡no socorren á un habanero en sus apuros!

El ruido de mi viaje y de mi herencia corrió pronto de boca en boca, lo que no dejó de traerme muchas incomodidades. Así no puedo menos de aconsejar á mis amigos y á todos aquellos á quienes se ofreciere ir á tierradentro, lo oculten como si se tratase de una conspiracion: y digo poco, porqué cuando aquella se descubre, no se arriesga mas que la vida, y con el otro se pierden la tranquilidad y la paciencia.

—¿Con que vas á tierradentro á recoger tu herencia? me dijo un primo—(el diablo cargue con todos ellos.)

—Si, querido, y mira si mandas algo, que me voy dentro de dos días.

—Hombre, tráeme un perico, y una cotorra de lengua prieta. Mi mujer se vuelve loca con ellos, y será un regalo de la mayor importancia, sobre todo, si el periquito sabe hablar.

Este es un hombre feliz: no le basta una cotorra, y quiere tres. La naturaleza se equivocó haciéndole nacer tan lejos de Turquía.

—A mí tráeme una burra lechera con su cria, para que mi hija que padece del pecho se cure: me dijo otro de mis parientes.

Le miré de arriba á bajo, y con tamaño boca abierta: ¡encargar una burra! Dios mío, era cuanto me quedaba que oír! pero se trataba de una obra caritativa, y poniéndome en su lugar dije para mí. —“Si mi hija no tuviera otro modo de curarse, y él me hiciera el servicio que me pide, nunca le olvidaría.” Tomé un libro de memorias, y haciendo propósito firme de complacerle, anoté su encargo junto con el de mi médico que quería un ruiñeñor, y de mi abogado que me pedía un sinsonte.

Un carruaje que paró á la puerta, nos hizo volver la cara, y hétenos V. de manos á boca con el Dr. Ciriaco, el mas fuerte jugador de gallos que halla visto valla habanera.

—Sé que partes muy pronto á tierradentro, y te traigo estas cartas para que se las des á esos amigos quienes te entregarán dos gallos. Cuidámelos mucho, y mira que no te los cambien á bordo.

—Esta es otra, dije para mí: ya traigo un gabinete de historia natural, y solo falta cargarme con un par de mulas.—Vaya Dr., continué en voz alta, ¿y no quiere V. una pareja para ir á la gallería?

—Ayer la encargué á Cienfuegos, y así....

—Gracias á Dios: respondí de todo corazón. ¿Y qué traerá este sacerdote? agregué mirando uno que me saludaba con muchas cortesías.

—Señor, me dijo, como V. parte para tierradentro, estimaré á V. lleve esta carta á su rótulo.

—Con mil amores, le contesté, y si se le ofrece á V. otra cosa....

—Soy el Padre Antonio, muy amigo de su difunto tío (Q. E. P. D.) y ya que es tanta la bondad de V., le estimaré conduzca un jamoncito de Galicia al reverendo Padre Prior de S. Francisco de....

—¡Un jamon, Padre! Qué! ¡allá no los hay?

—¿Y cómo puede haber jamones de Galicia en tierradentro, Señor? Allá no van sino del Norte, los que no gustan á su Reverencia.

—Vaya, que siquiera hay jamones, dije algo consolado: no se-

rá todo dulce de guayaba. ¡Si este fuera siquiera de *Wesfalia*! caería en el camino.

A los pocos momentos se apareció, nada menos que el director de una obra, con uno de los colaboradores de otra, acompañados de toda la chusma de autores, copistas, traductores y dibujantes, *Luciferos* de la inteligencia, *Cacos* del bolsillo, seguidos de tres negros carretilleros que cargaban libros á la rústica de todas formas y dimensiones, y hablando de espíritu público, de generosidad, de confianza en mi patriotismo, y otras espresiones alnivaradas, con las que pretendían hacerme llevar sus mamotretos para que les fuera buscando suscriptores en todos los puntos donde paraba, como si yo fuera un charlatan pregouando el elixir de larga vida.

Había determinado no partir sino dentro de dos dias, pero la carga infatigable y repetida que me daban de continuo mis amigos y parientes, me determinó á irme aunque fuera al infierno en cuanto amaneciera Dios, sin esperar el jamon del Reverendo Padre Antonio, ni comprar las mantas de algodón que me encargaba el ama de mi tío, para el invierno; y sin despedirme de padre, ni de madre, ni de tía, ni de sobrino. ¡Una y mil veces bienaventurados los que no tienen que ir á tierradentro!

Al cañonazo del *Ave-Maria* estaba ya en pié componiendo mis maletas y arreglando lo necesario para el viaje. Tres cajoncitos de tabaco de la Vuelta-bajo, porqué el de la Vuelta-ariba y el de Yaya solo pueden complacer á un paladar de cobre; un pavo fiambre y dos botellas de *Chateau-Margeau* para el camino, porqué no me fio de las posadas de mi tierra donde segun malas lenguas se vende vino catalan bautizado con los honores del *tapa-larga*; seis tercios de libros y encomiendas; un cajoncito largo y angosto como alma de viscaíno con mis floretes, sables, guantes, y caretas; un par de pistolas de tiro en su cajita corespondiente; un rifle (porqué el hombre prevenido nunca fué vencido,) en fin, una sombrerera y *ca* maletas, diez y seis bultos en todo, componían mi equipaje, el que llevaría cuando mas un carro del vapor. ¡Con tanta consideracion me habían tratado mis amigos! sin que ninguno se acordara de los gastos de conduccion, carga, descarga, gratificaciones, botes, mayordomo y que se yo cuantas cosas que solo á fuerza de dinero se consiguen, fuera de la visita del resguardo.... pero no precipitemos las cosas, bastando por ahora al curioso lector, saber que á las seis de la mañana partí á *Garcini* seguido de dos carretones á esperar la salida del vapor que me había de conducir á *S. Felipe*.

Los Impíos.

Hace mucho tiempo que intentábamos hablar sobre el proverbio latino que saben de coro los mas ignorantes, como si para ellos hubiera dado el criador ciencia infusa: "*Audaces fortuna juvat.*" Este refran tan conocido, envuelve una máxima á cuya aplicacion deb en ponerse cotos: formada para animar la modestia de los sabios, modestia que los llena de dudas sobre su propio mérito; ha caído en poder de los menos alcanzados, quienes atendiendo únicamente á la traduccion de las palabras y no á su fundamento sin reparar que si la *fortuna ayuda á los audaces* cuando tienen méritos y ofrecen garantías, si carecen de los unos y de los otros, se vuelve la medalla y les dice en su reverso: *la ignorancia es atrevida*, cubriéndolos á la vez de vergüenza y confusión.

El pundonor que da la verdadera sabiduría, es ciertamente una virtud; pero como todo extremo es vicioso, ni aquella deja de ocasionar perjuicios. Cuando tantos ignorantes hacen valer lo poco que alcanzaron, cuando toda su vida la dedican á ocultar y oscurecer el mérito de los inteligentes ¿se culpará al que manda de que escoja entre los malos al que lo sea menos, si ignora en donde se hallarán los buenos? Que se den á conocer, y recibirán su galardón.

No hace mucho tiempo que ocupado de estas ideas, quise la suerte que presenciara algunas escenas tan cómicas y peregrinas que no dudo interesarán á mis lectores. Referiré lo que ví y lo que oí sin notas ni comentarios.

—Señor Catedrático, el Marqués de.... me ha entregado esta esquela para V.

—El Marqués me escribe, y V. hace la esquela! Ya sé lo que es.

—Le suplico que atienda á mi situacion, soy un jóven que ya pierde tiempo, y si no gano este curso de filosofía á los trece años nada menos de edad ¿cuando emprenderé el de derecho? qué ha de ser de mí, si no me mira con consideracion?

—Pero ¿porqué no la ha tenido V. de sí mismo en todo el año, en que apenas ha asistido á clase, sin estudiar nunca y solo distinguiéndose por haber diableado mas que todos juntos?

—Pero el Sr. Marqués....

—El Sr. Marqués no puede inspirarle ciencia infusa.

—Pero como es tan amigo de V....

—¿Y eso significa que su recomendado haya estudiado? significa siquiera que estudiará en adelante? Nada de eso: la facilidad de pasar en estos primeros grados, le hará creer que pasará lo mismo en los sucesivos.

—Ya verá V. como no: voy á aplicárme lo mismo que si no hubiera villares ni bailes de máscaras.

—“Nos quejamos, esclamaba el podre catedrático, después de leída la esquila del Marqués, nos quejamos de que haya magistrados ignorantes, de que los letrados solo entiendan de trápalas y embrollos, de que los médicos nos entierren antes que lo hubiera hecho la naturaleza, y en fin de que no haya hombres para nada: ¿cómo ha de haberlos, si los que estamos puestos para celar que no se introduzcan falsos adeptos en el templo de las ciencias, los hacemos entrar en tropel, y cuando no puede ser por la puerta principal, abrimos el postigo oculto del fraude y de la sorpresa? No nos quejemos, pues somos cómplices de la desmoralizacion é ignorancia que por todas partes vá cundiendo, que corrompe todas las clases de la sociedad, que todo lo disloca, que nos amenaza con males que asustan en verdad á todo el que examina detenidamente nuestro estado.”

No lejos de la casa donde sucedía esta escena se representó la siguiente.

—¿El Sr. D. Leandro está en casa? preguntaba un hombre perfectamente vestido, ya cuarenton, con una de estas caras que nada dicen, y si acaso cosas insignificantes.

—Que entre, que entre quien me busca, gritó D. Leandro, viejo de sus sesenta, ricacho, y de consiguiente de los que tienen razon en todo, aficionado á que nadie le contradiga, y no contradiciéndole con efecto nadie, porque ¿quien tiene valor para oponerse á un hombre rico?

—Señor, D. Manuel Arescoistia paisano y amigo de V., me envía para suplicarle que me encargue de la mayordomía de su casa que parece la ocupa....

—Otro; y es buena sandez de mi paisano empeñarse por qué plante en la calle á un antiguo servidor, de quien no tengo queja, para colocar á una persona que veo ahora por la vez primera.

—Pero como soy casado

—Excelente cosa para mayordomo.

—Y como tengo dos niños y una niña....

—Esto es miel con ojuelas, amigo mio. V. es muy á propósito para poblar una isla desierta, pero no para lo que solicita.

—Me dijo el Sr. Arescoistia que V. le estimaba tanto...

—Y tuvo razon, como que es de mi tierra, y primero paisano que.... mas eso no quiere decir que deba echar de mi casa á un hombre que me come el pan hace muchos años, ni que V. sea muy propio para reemplazarle.

—Yo hablé al Sr. Larriaguarizabal, para que se empeñase con el Sr. Garricochelarrea, para que este Sr. hiciese que el Sr. Arescoistia me colocase en la casa de V.

—Es decir que V. ha incomodado á las cuatro provincias vascas para solicitar un empleo que no está vacante.

—Yo no reparo en eso; á mí me precisa comer, es preciso que coma tambien aquella mujer y aquellos chicos, y no hay más remedio que empujar de su puesto al que me cierra el paso para asegurar la pitanza.

—Pues Sr., en mi casa no puede ser; esos caballeros sus protectores que arrojen de las suyas á sus mayordomos, ó que ellos mismos las desalojen para dejarle á V. lugar y á su famélica familia: ¡es bueno venir á que otro haga lo que nosotros no queremos hacer! cuidado que hay empeños....!

Como en la acera de enfrente, vivía el empresario del teatro, afanábase el pobre en combinar la diversion del público con su propio interés; cosa no muy fácil, pero cosa indispensable si ha de haber empresarios: tomaba sus medidas para formar una compañía buena para todo y lo menos numerosa, y con particularidad lo menos costosa posible; mordíase las uñas calculando y la punta de su pluma; cuando hete aquí que se presenta una Sra. entre 35 y 45 años con una tez injuriada por la cascarilla y el arrebol, con unos ojos algo legañosos, como de haber fingido lloros y lágrimas á mas y mejor, y en fin con un equipaje un poco desvandado, mas bien que de telas flamantes y acabadas de estrenar.

—Sr. empresario, el Sr. Vizconde de.... que conoció á V. en Arequipa, cuando V. era cadete de dragones, y yo hacía Damas jóvenes y suplía por la sobresaliente, me envía con esta cartita para que V. me reciba en su compañía.

—Celebrara poder atender la recomendacion del Sr. Vizconde,

pero tengo ya lo que necesito, y no puedo sobrecargarme con diarios, que por cierto, el tal Sr. Vizconde no vendrá á pagar por mí.

—Mire V., Sr. empresario, el público tiene sumo entusiasmo por esta personita, aunque me esté mal el decirlo, y lloverán artículos comunicados contra V. si no me admite.

—Si me pierdo, el público quizás me tirará de los piés cuando patalee; yo no necesito de V., señora.

—¿No le arredra á V. la prensa?

—Lo que me arredra es una quiebra segura si admito mas actores que los que sean necesarios, y á quienes no pueda pagar.

—Yo tengo papeles en que alborotaré; nadie me gana á dar hipódis cuando estoy afligida, ni á dar gritos y patadas cuando me encolerizo.

—No me falta á mí quien grite y patee á destajo, aunque luego lo achaque al mal gusto del público; esté V. tranquila por esta parte,

—¿V. me abandona pues?

—Si V. quiere trabajar sin diario....

—¡Pues me ha servido de mucho el empeño del Sr. Vizconde!

—Si yo formara mi compañía por empeños, no podría arreglarla segun lo que exige el buen gusto de la generosidad del público, ó arrojaría todo mi diaero á los recomendados y recomendadas de mis amigos: y como los tales recomendados suelen ser siempre la efígie de Lucifer....

La dama se retiró jurándosela al pobre empresario.

Mientras pasaban estos tres lances, ó á poco mas ó menos, y tampoco no muy distante, porque hora y sitio parece que eran propios para recomendaciones, presentábase al redactor de un periódico un hombre nuevo, con traza de haber desembarcado muy recientemente, y con un aire como un poco ofendido de la fortuna, no ya de persecuciones, que no estan ahora de moda, sino porque no tenía dinero, ni gana de hacer zapatos ó irse á arar el campo; cosa que ha metido en las bellas letras á mas de cuatro que por Dios y una cruz así saben de achaques de escribir, como yo de curar el mal de madre.

Pero no todo se ha de decir ahora, y si me empeñara en contar lo que pasó, lo que pasa y pasará, podrían hacerse veinte artículos á cual mas picantes y pintorescos. Baste saber que aunque despedido con cajas destempladas, nuestro literato *inferi* dijo anteriormente: *nunca falta un roto para un descosido.*



SECCION CUARTA.

POESIA.

A MIS HERMANOS

EN UNA ENFERMEDAD.

¿Adonde está la lira que solía
Ser de todas mis penas compañera,
Cuando amores cantaba en la ribera
Y el ronco mar amores repetía?

¿Porqué ¡oh hermanos! con fiera impía
Impedís que resuene plañidera,
Y que mi voz convulsa y lastimera
Las gracias cante de la hermosa mía?

¡Ay! dadme ya mi cítara olvidada
Y dejadme vagar un solo instante
Por las arenas de mi patria amada:

Si en ellas miro á mi adorado dueño
¿Temblais que muera en mi delirio amante?
Hallaré grato del sepulcro el sueño.

Filena.

La muerte de Lulú.

De la cándida aurora á la sonrisa.
 Vístese el prado de verdor y flores
 Y mansa, fresca, voluptuosa brisa
 Suave difunde plácidos olores;
 Al corazon enagenado hechiza
 El trinar de canoros ruiseñores,
 Y su aureo manto el refulgente día
 Tiende en los campos de la patria mia.

El zéfiro fugaz manso remece
 La copa de los índicos palmares,
 Y el alma deleitada se embebece
 Al murmurio del diafano Almendares;
 El astro de los trópicos parece
 Se alza soberbio de los hondos mares
 Y en rubias olas su divina lumbre
 Dorar del Cusco la eminente cumbre.

Blanda imprimiendo la ligera huella
 En la ribera de la mar sonora
 Púdica, linda, celestial doncella,
 Su amarga suerte y su dolor deplora:
 Hiere el aire su lúgubre querella
 Cuando del cielo la piedad implora,
 Y al sonar de su mísero lamento
 Callan las aves y reposa el viento.

“Virgen hermosa, que el cabello de oro
 Tiendes al aire en ademán galano
 ¿Porqué anublado el virginal decoro
 Triste contemplo de tu rostro ufano?
 ¡Ah! ¿Porqué eclipsa infortunado lloro
 De tu belleza el esplendor temprano,
 Y tu alma tierna que el mortal admira
 Bajo la mano del pesar suspira?”

Sintiendo el pecho á compasion movida
 Mi faz bañada en abundoso llanto,
 Tal profririera al funeral gemido
 Que revelaba su feroz quebranto:
 Pulsó la ninfa, de marfil bruñido
 La dulce lira, y empezó su canto,

Ayuntamiento de Madrid

Brillando el fuego de entusiasmo ardiente
En su virgínea y marchitada frente.

“¡Ay! otro tiempo la gentil pradera
Sus fragantes aromas derramaba,
Y el aura mi rizada cabellera
Con sus ricos olores perfumaba:
Bajo mi planta rápida y ligera
La azucena odórfica brotaba,
Y al eco de mi voz la pura fuente
Leda paraba su cristal bullente.

“Ora á mi aspecto la encendida rosa
Mustia no ostenta su color lozano,
Ni el arroyo su linfa bulliciosa
Manso conduce por el fértil llano:
Duerme la brisa en la floresta umbrosa,
Brama en la esfera el aquilon insano,
Y al eco triste de mis penas graves
Huyen al bosque las canoras aves.

“¡Ah! ¿Qué me importa que se encumbre al cielo
El almo sol en rutilante giro,
Y de la noche el tenebroso velo
Rasgue la luna en carro de zafiro;
Si sumergida en congojoso duelo
Por mi adorado sin cesar suspiro,
Y entre las sombras de funesta ausencia
Pasa envuelta mi lánguida existencia!”

Calló la ninfa, y el llorar doliente
Bañó de nuevo su infeliz semblante,
Tal como eclipsa el resplandor fulgente
Del Dios del Inca, tempestad sonante;
Al fiero impulso del dolor vehemente,
Un agudo clamor lanza espirante,
Y como herida de abrasante rayo
Vela sus ojos el mortal desmayo.

Cayó en mis brazos, y espirando luego
Tornose en gualda su color precioso,
Y heló en su seno el amoroso fuego
La parca dura con rigor zañoso:
En vano alzára su sensible ruego....
Hundiose al fin en el sepulcro odioso

Y hórã en las cuerdas de su lira el viento
Fugaz murmura su destino cruento.

AL MAR.

Tú me encantas, oh mar, porqué á tu orilla,
De tus perennès brisas halagada,
Y al ruido de tus olas arrullada
Creció la que con doble maravilla,
Tan bella como pura al alma brilla.

Limpio diamante que engendró en tu seno
La ignorada riqueza de tu abismo,
Y al recio embate de tu enojo mismo
Salió á la playa donde el sol sereno
Hechizado una vez le hirió de lleno.

Por ella eres hermosa, sí, por ella;
Que la luz, la belleza, la alegría
Sus ojos te las dan mas bien que el día,
Y si pintas de noche alguna estrella
O el ancho disco de la luna bella,

Mientras no se detiene su mirada
A prestarte valor y poesía,
Pasa la noche con su sombra fría,
Sin que dejes la mente enamorada,
Ni en éstasis divino embelesada,
Oh! bendícela, mar, cual la bendigo:
Depon á su mandato tu ira ciega,
Bésale el blanco pié si á verte llega;
Que en amándola tú, seré tu amigo
Y de mi fiel pasión serás testigo.

Cuando la escuchés suspirar inquieta,
Tus aguas gemidoras presto mueve,
Y en mormullo gentil á par que leve
Un suspiro le finge que sujeta
Deje su mente á conmoción secreta,

Porqué de mí se acuerde, y le atribuya
A mi ánima rendida el pensamiento
Que la agita con blando sentimiento,
Dulcísimo martirio de la suya...
¡Ay, deme tanto bien la amistad tuya!—J. Z. V.

SECCION QUINTA.

VA RIEDADES.

SARATOGA.

Ha llegado á nuestras manos el siguiente artículo, el cual aunque haya muchos años que se escribió, no le juzgamos indigno de la luz pública, tanto porqué sus ideas son eminentemente sociales, cuanto porqué ni Saratoga ni sus aguas han cambiado de naturaleza.

Este lugar situado doce millas al oeste del Hudson, 7º N. N. E. de Ballston, 32º N. de Albani, es célebre por las acciones que en 13 de setiembre y 7 de octubre del año de 1777 hubo á sus inmediaciones con las tropas inglesas al mando del general Burgoyne, que al fin capitularon el 17 del mismo octubre para completar el triunfo de los defensores de la independencia americana; es célebre por las virtudes medicinales de sus aguas cuyas botellas corren por todo el mundo; y es célebre tambien por la predileccion, que la caprichosa moda le ha dado, haciendo de buen tono venir á pasar aquí algunos dias del verano. Calculado pues como un punto de recreo, de moda, y propio tambien para recuperar la salud, atrae una concurrencia desmedida todos los años, y la mayor parte de sus edificios estan destinados á posadas ó *caas de pension*. Principalmente la de los E. U., del Congreso, del Pabellon y de Columbia son muy grandes y con bastante capacidad para acomodar en cada uno de ellos de 140 á 150 personas, cuyo número rara ó pocas veces les faltan durante la estacion. Cada una de estas casas por consi-

guiente forma un pequeño pueblo donde se encuentran estran-
 jeros de todas partes y personas distinguidas de los diversos puntos
 de la Union americana. Se hallan preparadas al propósito y
 contienen no solo salones ianensos para comer, para bailar y reu-
 nirse, sino tambien cuartos de billar separados para señoras y ca-
 balleros, y cuartos para otros juegos y entretenimientos. Durante
 el dia toda la concurrencia está dispersa. Unos tomando las aguas;
 otros bañándose; otros recorriendo las demás casas donde tienen
 sus amigos y conocidos: quien en el gabinete de lectura; y quien
 en la biblioteca tambien. Por la noche si no hay los bailes que alter-
 nativamente se dan en algunas de estas posadas principales, se reuna
 en cada casa la mayor parte de los que las viven; y entonces ó se
 disfruta de la clase de sociedad que cada uno sabe proporcionarse,
 ó se oye tocar y cantar, ó tocar solamente á la que teniendo esta
 gracia ocupa de su grado el piano, ó se le hacen ocupar los
 ruegos de sus celebrantes y admiradores. La oportunidad es exce-
 lente para que las señoritas que se reunen en gran número, traten
 de desplegar todo el brillo de sus gracias, y no lo es menos para
 proporcionar y descubrir las respectivas pretensiones. El buen ór-
 den, el decoro y la delicadeza no por eso es menor. Saben los po-
 saderos que el buen concepto de sus casas es el primer fundamen-
 to para atraer la concurrencia, y su interés les hace poner cuidado
 en las personas que admiten en ellas. Así se observa que en tan
 desmedida reunion de toda clase de personas, jamás se ofrece el
 menor disgusto, y se concilia tambien la decencia con los placeres,
 y la comodidad con la economía de los concurrentes. Sin necesi-
 dad, pues del juego de azar que en otros países forma el vínculo de
 toda diversion ó reunion de esta clase, se goza mas, se gasta me-
 nos, y nadie se espone á salir de allí perdido y en la mendicidad.
 Esto constituye la mas especial diferencia que aquellos lugares de
 recreo tienen sobre los otros de su clase á que hemos concurrido en
 diferentes naciones. En los primeros, el juego no entra por nada, ó si
 entra por algo, es como por un mero pasatiempo, y nunca como
 azar, que pueda producir pérdidas ó ganancias de la menor con-
 sideracion; en los últimos, el juego lo hace todo, y absorbe de tal
 suerte la atencion de sus promotores, que no les deja pensar ni en
 la comodidad, ni en el gusto y economía. En los unos por fin es-
 tán desterrados la licencia y los desórdenes; en los otros se comien-
 za por formar un abismo de vicios y de corrupcion en que se pre-
 cipite todo el que no tenga una alma bastante superior para resis-

tir las tentaciones del seductor interés. La facilidad de ganar es el primer lazo que se tiende á la multitud incauta, y ojalá no fuese tan comun ver seguir á este extravío, el sacrificio mismo del honor y la opinion, que envuelve la pérdida de las costumbres públicas. ¡Cuán oprobiosa es sin duda la tolerancia de estos gérmenes de inmoralidad y corrupcion! El mayor de los malvados, en mi concepto, es el que trata de pervertir y corromper las costumbres de un pueblo, haciéndole esperar del azar lo que solo debe prometerse de su trabajo é industria honesta, de que así se le aleja y desprende. ¡Tan superior será por ventura el número de los malos, tan imponente el vicio, que haya de respetársele como á ídolo levantado sobre la ruina de las costumbres mismas? Fuera calumniar la especie humana juzgarla con tal severidad.

Pero entregándome á esta digresion me he apartado de mi objeto. Invertido el 26 en ponernos al corriente de lo relativo á Saratoga, recorrimos el 27 el lago de su nombre que se halla cerca de aquí. El dia estaba húmedo y aunque después de haber andado 7 millas llegamos á nuestro destino, y pasamos en un bote á una glorieta que hay en el centro del lago para la comodidad de los visitantes que van á pasear; nosotros encontramos poco placer en el entretenimiento en un dia semejante, y por esto dimos por concluida nuestra empresa y regresamos á la posada. El 28 le destinamos á ver el lago Jorge, 27 millas de aquí, y que cuenta 36 de largo, y desde $\frac{3}{4}$ hasta 4 de ancho. Almorzamos en Gleams Falls, donde tiene una cascada ó serie de pequeñas caídas el Hudson, que á pesar de lo familiarizado que estamos ya con esta clase de espectáculos, todavía nos pareció interesante. La anchura del rio aquí es de 40 rods ó 640 piés, y de 40 la mayor altura de donde cae el agua; pero las negras rocas y peñascos que forman la cascada dividiendo el curso del rio, su propia rusticidad, y los diversos giros que toma el agua, le dan no poco interés. De uno y otro lado había represas para el uso de fábricas y molinos, y tampoco faltaba su buen puente de madera para pasar el rio. A las 2 llegamos al lago y sin duda la escena era mucho mas bella que la del lago Saratoga. La claridad y transparencia de sus aguas, las montañas que le rodean; las pequeñas islas que se encuentran en él, y los restos mismos de algunos antiguos fuertes con los acaecimientos históricos que recuerdan, realzan la hermosura del cuadro en la imaginacion del espectador. Nostros salimos en unos pequeños botes hasta la isla de los Diamantes en que está un indio con su familia, que

recoge algunos pedazos de cristal de roca, que tienen semejanza al diamante, y que presentan á los que visitan la isla á fin de que se los compren; y habiendo visto tambien el Steamboat que están concluyendo para proporcionar tránsito hasta Ticonderoga, fuimos á comer á la posada, que tambien están ensanchando para hacerle capaz de 150 pasajeros, suponiendo que pueda atraer la concurrencia que hoy tiene White Hall. A las 5 de la tarde salimos de allí para ir á dormir á Gleens Falls, y hoy á las 7 estábamos aquí de regreso. Como en punto á salud nada he tenido que desear hasta ahora, y no me hallase muy dispuesto á que se me aplique el epíteto de aquel que estando bueno, quiso estar mejor, no tomé las aguas, contentándome con haberlas probado una ó dos veces. Las fuentes principales son las del Congreso, de Columbia, de Flat Rock, de Hamilton, y de High Rock. Entre otros ha hecho su disolución química el doctor John H. Steel, segun el cual un galon de agua del Congreso, ó 231 pulgadas cúbicas, contenían 676 granos de sustancia sólida en perfecto estado de solución. De ella eran $\frac{3}{8}$ poco mas de muriate de sosa ó sal comun, mas de $\frac{1}{4}$ de carbonate de cal, y el resto de carbonate de magnesia y de hierro. El agua de Colombia tenía 354 granos, de los cuales $\frac{3}{8}$ eran de muriate de sosa, $\frac{1}{4}$ de carbonate de cal, y $7\frac{1}{2}$ granos de carbonate de hierro y una pequeña porcion de carbonate de sosa y magnesia. La de Flat-Rock es un ácido ferruginoso, y contiene la misma cantidad de hierro que la de Colombia, pero siendo menores sus ingredientes salinos, contiene mas de las propiedades gaseosas. Las de Halminton y High Rock están compuestas en su sólido, con proporcion de uno á dos tercios de muriate de sosa, y $\frac{1}{3}$ de carbonate de cal, con hierro y una considerable cantidad de carbonate de sosa y magnesia. El furor con que se toman aquí las aguas es tal, que son muy pocos los que se contentan con menos de 20 ó 25 vasos por día; y se cuenta de alguna señorita que solo en una mañana tomó 50 ó 60. Por supuesto unos sanan, otros se mejoran y otros no sienten ningun alivio, ó se encuentran peor, y cada uno habla de la feria, segun le va en ella. Para unos es el "summun bonum," y para otros es poco eficaz y de escasa virtud medicinal. Así es el mundo por donde quiera que uno le mira. Aquello que para unos es bueno, para otros es inútil ó malo quizás.



LOS HIJOS DE LA MADONA.

(Continuación.)

ANTONIO.

—Ahora pueden Vds. dormir, continuó Jácomo; yo estaré de guardia por todos y los despertaré cuando sea tiempo de partir; esto es, dos horas antes del día.

A estas palabras todos se acomodaron para pasar la mejor noche posible; y tal era la confianza de estos hombres en su jefe, que cinco minutos después, todos dormían tan tranquilamente, rodeados de enemigos, como si hubiesen estado acostados en Terracina ó en Sonnino. Solo María permaneció inmóvil sentada en el mismo lugar en donde había escuchado la narración.

—Y tú, no tratas de descansar, María? le dijo Jácomo dulcificando su voz todo lo que pudo.

—No estoy cansada, respondió María.

—El velar demasiado podría enfermar á tu niño.

—Voy á dormir.

Jácomo estendió su capa sobre la arena; María se acostó encima y mirándole con timidez:

—¿Y tú? le dijo.

—Yo, respondió Jácomo, yo, voy á buscar un paso por entre estos condenados franceses: no conocerán tan bien la montaña que hayá guardado todos los desfiladeros. No podemos quedarnos aquí eternamente sobre esta roca; y debiendo abandonarla, cuanto mas pronto, mejor.

—Entonces te acompañaré, dijo María levantándose.

El bandido hizo un movimiento.

—Tú sabes, continuó María hablando con viveza, cuan firme tengo el pie, cuan segura la mirada y ligera la respiración; déjame acompañarte, yo te lo ruego.

—¿Temes de mí una traición? Y cuando estos hombres tienen confianza, duermes tú?

—Dos lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas de María. El bandido se acercó á ella.

—Pues bien, vamos: pero deja ahí al niño: podría despertarse y llorar.

—Vé solo, dijo María volviéndose á acostar.

El bandido se alejó, y María le siguió con la vista mientras pudo apereibir su sombra; luego que hubo desaparecido detrás de una roca, arrojó un suspiro, dobló la cabeza sobre su hijo, cerró los ojos como si durmiera, y todo volvió á entrar en el silencio.

Dos horas después se oyó un ligero ruido del lado opuesto á aquel por donde Jácomo se había ido. María abrió los ojos y reconoció al bandido.

—¡Y bien! dijo ella con ansiedad cuando distinguió, no obstante la oscuridad de la noche, la sombría espresion de su semblante, ¿qué hay?

—Hay, respondió el bandido arrojando con mal humor su carabina por tierra, hay que es necesario que los paisanos ó los pastores nos hayan vendido, porque por todas partes en donde se encuentra un paso, se encuentra una centinela.

—¿Con qué no tenemos medio de salir de esta roca!

—Ninguno. Ya sabes que por los dos lados está dividida perpendicularmente, y á menos que las águilas que se anidan aquí no nos presten sus alas, no debemos pensar en tomar ese camino. Y ya te lo he dicho, por cualquier otro punto... no hay salida.

—¡Malditos franceses!... ojalá que esos paganos ardan durante la eternidad en el infierno.—El bandido tiró su sombrero junto á la carabina.

—¿Qué hacemos entonces? preguntó María.

—Nos quedaremos aquí; ya se guardarán de venirnos á buscar.

—Pero nos moriremos de hambre.

—A menos que el maná no nos baje del cielo, lo que no es probable; pero tanto vale morir de hambre, como ahorcado.

María estrechó á su hijo entre sus brazos y suspiró de un modo que parecía un gemido. El bandido dió una patada.

—Acabamos de hacer una buena comida esta noche, dijo; tenemos aun con que hacer otra mañana temprano: es todo lo que necesitamos por el momento, así durmamos.

—Ya duermo, dijo María.

El bandido se acostó á su lado.

Tenía razón, Jácomo; había sido vendido, no por los paisanos ó los pastores, sino por Antonio, uno de los suyos, que fué hecho prisionero durante el combate y se había rescatado de la horca prometiendo que entregaría al jefe de su banda: principió á cumplir su promesa colocando él mismo las centinelas con que Celestini había tropezado.

Sin embargo, el coronel que mandaba la partida de los sitiadores, había puesto á Antonio bajo buena custodia, porqué para que quedara enteramente libre de la horca, era necesario que Jácomo estuviera enteramente ahorcado, y este coronel era hombre demasiado prudente para soltar á su prisionero sin que el otro ocupara su lugar.

Pocos minutos antes de que amaneciera, le hizo traer por dos soldados para ir juntos á ver si los bandidos estaban aun en el ápice de la montaña. Si no los veían, era porqué las centinelas habían sido mal colocadas; por consiguiente, Antonio que se había encargado de esta operacion, era un doble traidor que merecía ser ahorcado dos veces. Nada se podía responder á este dilema militar. Así Antonio se había sometido, haciendo de tripas corazón. Se presentó pues delante del coronel con la tranquilidad de una buena conciencia; pues había sido tan leal en su traicion, que estaba del todo seguro de que sus antiguos camaradas no habían podido escaparse.

Los primeros rayos del sol aparecieron iluminando la cúspide de la roca; y como las profundidades donde las tropas francesas estaban acampadas, permanecían aun en la sombra, se hubiera creído que un vasto incendio devoraba esta cima ardiente como la del Sinaí. Poco á poco, á medida que el sol se elevaba en el cielo, la oscuridad desaparecía, y los torrentes de luz que derramaba en los costados del coloso de piedra, despertaban en su nido á las águilas que lanzándose de sus áreas como si quisieran reparar el tiempo perdido, con dos aletazos desaparecían en las nubes: de tiempo en tiempo las brisas marinas pasaban húmedas y cargadas de perfume é iban á quebrarse gimiendo contra los ábetos y alcornoques que cubrían el pié de la montaña. Y los ábetos y alcornoques se doblaban muellemente, y después se enderezaban, y se doblaban de nuevo, lanzando aquellos largos murmullos que forman la lengua de los bosques. En fin, toda la montaña se despertó, se animó, parecía vivir; la cúspide sola permanecía muda y desierta.

Y todos los ojos estaban fijos en esta cúspide. El coronel era persona con su antejo en la mano, no la perdía de vista. Al cabo de media hora, sin embargo, se cansó de mirar, y dando sobre la estremidad del antejo con la palma de la mano, un golpe que hizo entrar todos los tubos, se volvió hácia Antonio diciendo solo estas palabras:

—Y bien?.....

La palabra es un maravilloso instrumento segun el que la emplea y la ocasion en que se emplea. Se estrecha ó se alarga, hierve como una ola ó susurra como un arroyo; salta como un tigre ó se arrastra como la serpiente; sube á las nubes como la bomba, ó baja del cielo como el relámpago. Este orador necesita todo un discurso para explicar su opinion; á aquel le bastan dos palabras para hacer comprender su pensamiento.

A esta última escuela de elocuencia es á la que pertenecía, segun parece, el coronel; porqué como hemos dicho, no había pronunciado sino dos palabras, pero dos palabras tan oportunas, tan llenas, tan completas, tan sonoras, que el pensamiento interesado en comentarlas no tenía sino oírlas para encontrar esta sentencia:

“Antonio: amigo mio, V. es un bribon y un perillan que se ha burlado de mí, que ha creído salvar su pescuezo contándome pataratas; pero yo no soy hombre que me dejaré engañar por sus cuentos: y como V. no ha cumplido su promesa, como los bandidos sus camaradas se han escapado durante la noche y nos veremos obligados á buscar de nuevo el rastro como sabuesos, lo que es humillante para nosotros los soldados; va V. á ser ahorcado en ese árbol alto y con sogá corta, mientras yo me voy á almorzar.”

Antonio que era mozo de una capacidad muy grande y de un juicio muy sano, comprendió que todo esto se encerraba en aquellas dos palabras. Y así, ya sea por adulacion, ya porqué de hecho perteneciese como adepto á la misma escuela, de la que el coronel parecía ser catedrático, estendió la mano y respondió á aquellas dos palabras con una sola:

—*Aspettate.*

Lo que en español quiere decir: “Aguardad.”

En efecto, el coronel se alejó sin dar la orden terrible con que había amenazado á Antonio, y este permaneció en el mismo sitio, sus ojos fijos en la montaña con tal perseverancia é inmovi-

lidad, que parecía una estatua. Al cabo de dos horas volvió el coronel, abrió de nuevo su antejo, le dirigió á la cúspide de la roca, y viendo que todo parecía tan desierto como antes, tocó á Antonio en la espalda, quien le había reconocido por sus pasos aunque no se hubiera movido á su llegada.

Antonio se estremeció como un hombre sin dinero, al que presentan un pagaré vencido; pero casi al momento tomó con la mano izquierda el brazo del coronel y estendiendo la derecha hacía un punto de la montaña, dijo con espresion indefinible:

—Allí, allí.

—¿Qué? dijo el coronel después de haber mirado con su antejo.

—¿No vé V., respondió Antonio, la cabeza de un hombre en el ángulo de esa roca que se asemeja á una columna? Miré V., mire, y cogió la cabeza del coronel entre sus manos, le imprimió un movimiento de rotacion como si fuera una veleta, y tomando al mismo tiempo el antejo, dirigió el tubo hacía el punto que tanto interés tenía en que observara.

—¡Ah! Ah! exclamó el coronel apercibiendo el punto designado; y después de dos minutos de observacion bajó el antejo y dijo:

—Sí, es ciertamente un hombre; ¿pero quien me dice que no sea un pastor en busca de alguna oveja perdida?

—¿Cómo, no vé V? dijo Antonio dando un brinco, ¿no vé V. su sombrero puntiagudo, sus cintas flotantes, su carabina que brilla? Hele ahí que se agacha para ver si puede bajar al precipicio. Es el mismo Jácomo, porque detrás de él... mire V., mire á María. ¿Le vé V. ahora? Le vé?

El coronel alzó de nuevo con flemma su antejo, y sin quitarle de sus ojos:

—Sí, sí, ya veo, dijo. Vamos, principio á creer que no serás ahorcado.—Esta creencia pareció causar gran placer á Antonio.

—Llámenme al cirujano-mayor, continuó el coronel; y volviéndose á Antonio: ¿Y qué tendrán que comer en lo alto de esa montaña? le preguntó.

—Nada, respondió este.

—De suerte que si no logran escaparse, ¿se rendirán ó morirán de hambre?

—Sin ninguna duda.

—¿Doctor, cuántos dias puede vivir un hombre sin comer?

Al que se dirigía esta última pregunta, era un hombre grueso, tan breve de talla y tan redondo como una esfera á la que un estu-

¿diente pegase por maldad una cabeza y un par de piernas; un hombre en fin, que parecía el menos á propósito para resolver por experiencia semejante problema: así fué que pareció conmoverle hasta el fondo de las entrañas.

—¿Sin comer? mi coronel! respondió con espanto; ¡sin comer! Pero un hombre de vida bien arreglada, no debe dejar mas que cinco horas de intervalo en sus comidas, y debe hacer tres al día. Con respecto al vino, mi coronel, eso cambia segun los temperamentos y las edades.

—Yo no le pido á V. una receta higiénica, solo le hago una pregunta científica, Doctor. Por lo demás tranquilícese V., que esto no le toca en lo mas mínimo.

—Desde el momento en que V. me da su palabra de honor, mi coronel.

—Se la doy á V.

—Pues entonces le diré que en el sitio de Génova donde pude hacer una infinidad de estas observaciones, vimos que, término medio, un hombre no podía soportar mas allá de cinco ó siete dias una privacion total de alimentos.

—¡Ah! con que estuvo V. en el sitio de Génova? le dijo el coronel.

—Sí, respondió el cirujano con un aire de singular indiferencia.

—¿Y como pudo V. soportar tales privaciones con sus costumbres tan arregladas?

—¡Oh! dijo el Doctor, yo pertenecía á aquel famoso regimiento que tomó desde el principio del hambre el partido de comer tudesco, y así fué que no sufrimos mucho la escasez.

—¿Y sabía bien? continuó riéndose el coronel.

—No mal, respondió gravemente el Doctor. Como por lo regular reciben la *schlague* [*] una vez al día, eso los ablanda.

—Pues bien, dijo el coronel, esperaremos á que se rindan ó á que mueran de hambre. Gracias por sus buenos informes, Doctor. ¿quiere V. acompañarme á almorzar?

—Con mucho gusto mi coronel.

—Julian, dijo el gefe volviéndose á su criado, corre y dile á mi cocinero que tenemos cuatro personas mas para el almuerzo.

En consecuencia de las seguridades prestadas por Antonio y de los informes dados por el doctor, el coronel se contentó con re-

[*] Castigo corporal que dan en Alemania á los soldados.

comendar duplicasen su cuidado á los oficiales, y su vigilancia á los soldados. Se volvieron á ofrecer tres mil ducados al que trajese la cabeza de Jácomo.

Ocho dias se pasaron. Todas las mañanas iba el coronel á los puestos avanzados para saber si se habían rendido los sitiados; después volvía á su observatorio, dirigía su anteojo á la cima de la montaña, veía algunos bandidos sentados con las piernas colgadas en el precipicio ó acostados en la roca calentándose al sol; entonces llamaba á Antonio, quien le decía:

—Juro á S. E. que á menos de que no coman yerbas como los conejos ó arena como los topes, no concibo con qué puedan mantenerse.

En seguida mandaba á llamar al doctor, quien le respondía:

—Mi coronel, será mañana sin falta; el cuerpo del hombre no puede sufrir mas que cinco ó siete dias la ausencia total de alimento, y mañana se rendirán ó morirán de hambre. Vamos á almorzar mi coronel.

Al duodécimo dia se le acabó la paciencia al coronel; hizo llamar como siempre á Antonio y mandó á buscar como de costumbre al cirujano-mayor; solo que esta vez dijo al bandido: "Eres un bribon," y al doctor: "V. es un imbécil." En seguida mandó arrestado al doctor, y recomendó á Antonio pensase en su alma, si es que creía tenerla. El doctor se sometió con la obediencia pasiva del militar esclavo de la disciplina; pero Antonio llamó al coronel que ya se afejava.

—Mi coronel, le dijo, cuando V. me haya hecho ahorcar, no habrá adelantado nada, y no por eso se rendirán ó morirán de hambre un dia antes ó después los que están allí arriba; pues es preciso que ellos hayan encontrado algun recurso que ni V. ni yo conocemos. Tomarlos por asalto, creo que V. no piensa en ello; porque con solo echar á rodar piedras, y sobran en la montaña, acabarían con un ejército, y V. no tiene sino un regimiento. Mire V., si yo estuviera en su lugar.... y cuidado que hablo con frialdad mi coronel, que hablo como un hombre que ha visto tan á menudo la muerte que le disputa sus dias, es verdad, pero que no la teme:.. si yo estuviese en su lugar, repito, quisiera saberlo aunque no fuese sino para mi satisfaccion personal, y para emplear en la misma circunstancia igual recurso. Lo tomaría muy á pecho, y como no lo podría saber sino por un solo medio, le pondría en práctica.

—¿Y cual sería ese medio?

—Yo le diría á ese Antonio, cuya muerte me es inútil y cuya vida podría serme preciosa: Vas á jurarme por la sangre de Cristo estar de vuelta aquí dentro de ocho dias: y le dejaría ir libre.

—¿Y en esos ocho dias que haría Antonio?

—Volvería á unirse con su antiguo gefé, le diría que se lia escapado de las manos del verdugo y que vuelve para vivir ó morir con él. Entonces, en esos ocho dias, Antonio sería bien torpe, ó Jácomo bien diestro, si el primero no descubría el secreto del último; y descubierto el secreto, se lo comunicaría al coronel, quien le dejaría entonces libre segun su promesa.

—¿Y si no descubriese el secreto de Jácomo?

—Volvería á ponerse en las manos del verdugo, el que le ahorcaría segun su amenaza.

—Negocio concluido, dijo el coronel.

—Y aceptado, respondió Antonio.

—Tu juramento.

Antonio sacó del seno el pequeño relicario que tan devotamente llevan los napolitanos y que en dialecto del país se llama *abbitiello*; se le dió al coronel, y poniendo su mano encima, dijo:

—Juro por este relicario, bendecido en la iglesia de S. Pedro en Roma, el santo dia de Ramos, volver aquí dentro de ocho dias á constituirme prisionero, ya sea que sorprenda ó no el secreto de Jácomo.

El coronel quiso devolverle el relicario, pero Antonio le rechazó.

—Conserve V. esta prenda, dijo, y si al cabo de ocho dias, á esta misma hora no he vuelto, sirva este relicario de testigo de mi perjurio, arrojénle á las llamas, y el mismo fuego que le consuma, me devorará en la eternidad.

—Este hombre puede ir á donde quiera, dijo el coronel.

Aquella misma tarde Antonio se reunió con sus antiguos camaradas; Jácomo que le creía muerto ó ahorcado, le recibió como un padre á su hijo. Antonio contó su evasion y todos le creyeron: en seguida, cuando hubo concluido:

—Es lástima que llegues tan tarde, dijo Jácomo, hubieras comido con nosotros.

Antonio respondió que había comido antes de escaparse; que por consiguiente no tenía hambre y que esperaba tranquilamente

Hasta el otro día; además, añadió, no debe haber aquí abundancia de víveres y prefiero no principiar hasta mañana á cercenar la parte de los demás.

Jácomo hizo un gesto que podía traducirse por estas palabras: No vivimos ciertamente en la abundancia, pero tenemos lo necesario.

Antonio pensaba encontrar á sus compañeros macilentos, descarnados, muriéndose de hambre, y halló que al contrario estaban alegres y robustos. María estaba siempre gorda, su hijo conservaba sus carnes: Antonio había creído que se mantenían con raíces y frutas silvestres, y echando la vista sobre la meseta donde estaban acampados, apercibió huesos bien roídos á la verdad, pero puesto que estaban roídos, era porqué habían tenido carne. Como había llegado aquella carne á las manos de estos hombres aislados y perdidos en la punta de una roca; es lo que no podía concebir: creyó por un instante que algún pastor de los alrededores comunicaba con los bandidos por algún camino secreto, por alguna vía subterránea; pero al momento reflexionó que si había un camino por el que se podía llegar, por ese mismo camino se podía partir; y si así hubiera sido, ciertamente Jácomo no se hubiera divertido en permanecer doce días en lo alto de su montaña, como un gallo en la punta de un campanario: nada comprendía, y era cosa de darse á los diablos si no lo estuviera ya poco mas ó menos.

Llegó la hora de colocar las centinelas: Antonio ofreció sus servicios al gefe, quien los reusó diciéndole que debía estar cansado de las emociones pasadas y de la caminata que acababa de hacer; que su turno llegaría al día siguiente ó al otro.

Diez minutos después, todo el mundo dormía excepto las centinelas y Antonio.

Al día siguiente todos se despertaron alegres como los pájaros que se oían cantar al pié de la montaña; solo Antonio se sentía cansado, porqué su imaginacion había velado obstinadamente sin poder cerrar los ojos en toda la noche.

A las siete de la mañana, el gefe consultó una lista: tocó á un hombre con el dedo y dijo:

—A tu turno.

El hombre partió sin responder, con dos bandidos.

Antonio se ofreció para esta expedicion cualquiera que fuese:

—Es inútil, respondió Jácomo sin entrar en esplicaciones; tres hombres bastan.

Dos horas después, los tres hombres volvieron. Antonio examinó atentamente al que había sido designado por el gefe, tenía algunos arañazos en la cara y en las manos, y nada mas.

Al cabo de cuatro horas, el gefe consultó el sol.—Es tiempo de comer, dijo.

Todos se sentaron en tierra; trajeron la comida: se componía de dos perdices, una liebre y la mitad de un cordero de ocho ó nueve dias de nacido. El gefe mismo, hizo la distribucion con una imparcialidad que hubiera honrado al verdugo del rey Salomon. En cuanto al agua, la tuvieron á discrecion: una fuente brotaba en la misma cúspide de la montaña. De pan, nadie habló, y Antonio estaba tan aturrido de lo que veía, que se preguntó á sí mismo si era el horno ó la harina lo que faltaba para hacerle.

—Y ya hasta mañana á la misma hora, dijo el gefe á Antonio; porqué aquí no hacemos sino una sola comida, y ya tú ves que no por eso disfrutamos de peor salud. La sobriedad es una media virtud, y segun esa cuenta tenemos diez virtudes entre nosotros veinte. Así, tenlo por dicho y apriétate la faja para que tu digestion se haga lo mas lentamente posible.—Antonio hizo entonces una mueca que tenía pretensiones de sonrisa y se puso á jugar á la morra con tres de sus camaradas: en esta ocupacion pasó dos horas. Al cabo de este tiempo el gefe le tocó en la espalda; venía á proponarle dar un paseo por la meseta. Antonio se apresuró á aceptar.

Jácomo en esta circunstancia, hizo repetir de nuevo al bandido todos los pormenores de su captividad y de su fuga. Antonio, contando siempre la misma historia, echaba su vista á derecha é izquierda. De repente apercibió la entrada de una gruta.

—¿Qué es esto? dijo con indiferencia al capitán.

—Nuestra cocina, respondió lacónicamente Jácomo.

—¡Ah! Ah! exclamó Antonio.

—¿Quieres visitarla? dijo el gefe.

—Con mucho gusto, respondió el bandido con precipitacion.

—La hemos tapado así, continuó Jácomo, para que los franceses no vean el humo.

—Bien pensado, dijo Antonio.

—Porqué si le percibiesen, sospecharían que con un calor como el que hace, no encendemos candela sino para cocinar nuestros víveres y es necesario que crean que no los tenemos.

—¡Oh! en cuanto á eso, capitán, dijo el bandido, yo te aseguro

que á la hora de esta creen que tú y tus hombres viven del aire ó que se comen los unos á los otros.

—¡Imbéciles! exclamó el capitán encogiéndose de hombros.

Antonio se apropió sin decir una palabra la parte que le correspondía del apóstrofe, entró en la gruta y la examinó con cuidado: trató de sondear las paredes á puñetazos, y las paredes le volvieron un sonido mate, prueba evidente de su espesor; pateó la tierra, y ningún eco denunció profundidades subterráneas; levantó los ojos hácia la bóveda, y no teína otra abertura que la de una grieta natural por donde salía el humo. Aun había fuego en el fogón y á los lados dos caballetes de madera groseramente cortados que todavía soportaban la baqueta de la carabina que había servido de asador para hacer la comida.

—¿Qué agujero es ese? dijo Antonio señalando con el dedo una hendidura que no había visto al principio y que sus ojos acostumbrándose á la oscuridad acababan de descubrir.

—Nuestra despensa, dijo el gefe.

—¿Y está sin duda bien provista? preguntó Antonio con aire de duda.

—Así, así; además, puedes ver.

Antonio subió sobre una piedra que parecía estar colocada allí como un escalon destinado á facilitar las comunicaciones: se empujó y pudo ver en la hendidura; reconoció los restos del cordero cuya mitad había hecho parte de la comida, dos ó tres perdices y algunos pajaritos de la especie de los merlos y de los tordos.

—¡Cáspita! Capitán, dijo Antonio asentando los piés y dejando una de sus manos apoyada en el ángulo de la despensa: tiene V. proveedores inteligentes, y si no traen raciones abundantes, las escogen al menos delicadas.

—Si, respondió el capitán sonriéndose, los pobres diablos trabajan como para sí mismos.

Antonio miró al capitán de un modo que visiblemente quería decir: El diablo me lleve si comprendo una palabra; pero ¡Á como no pareció apercibirse de esta mirada interrogadora, y saliendo de la gruta, continuó su paseo. Antonio le alcanzó: había vuelto á la idea de que los paisanos se aprovechaban de la noche para llevar provisiones á la banda.

El resto del día pasó sin que se mencionara ni la cocina ni los víveres: se hubiera dicho que todos temían despertar el hambre que

principiaba á agitarse en el fondo de los estómagos, entablando semejante conversacion.

A las nueve de la noche, el capitan designó á Antonio para estar de guardia. Tomó una carabina, llenó su cinturón de cartuchos é hizo un movimiento para dirigirse á su puesto; mas parándose al momento:—Capitan, dijo, si alguno viene á mí, ¿será necesario hacer fuego?

—Sin duda, respondió Jácomo.

—Pero si fuese.....

—¿Qué?

—V. entiende?

—No.

—Un amigo por ejemplo; é hizo un gesto que traducía su pensamiento poniéndose el índice de la mano derecha en la boca abierta en toda su estension.

—¿Un amigo? repitió el capitan, ¡mentecato! á menos que no nos caiga del cielo, pues estamos demasiado bien guardados para que nos venga de la tierra.

—¡Oh! yo no sabía, dijo Antonio dirigiéndose á su puesto.

La noche fué tranquila y ni amigo ni enemigo vino á turbar á Antonio en su guardia. El capitan le hizo relevar al amanecer. Se dirigió á la meseta para oír al capitan, como la víspera, decir á otro de sus camaradas: "A tu turno." Y como la víspera, el designado partió sin soltar palabra, acompañado de dos bandidos.

Antonio estaba postrado de fatiga: había dos noches que no descansaba: buscó la sombra, se formó una almohada con un haz de yerba, se envolvió en su capa y durmió como un tronco hasta que le llamaron á comer.

El servicio de aquel día fué como el de la víspera, de caza muy delicada. Antonio notó la misma regularidad en la division, la misma abundancia de agua y la misma ausencia de pan.

Al otro día se renovaron los mismos incidentes: al otro no sobrevino ningun cambio. En fin, corrieron seis días y Antonio había hecho sus seis comidas en hora determinada, sin que todavía hubiera podido adivinar porqué medio la milagrosa despensa renovaba sus provisiones.

La mañana del séptimo día, Antonio cabizbajo y pensativo fué á pasearse sobre la estremidad de la roca que miraba al mar, porqué pensaba que solo le quedaban ya veinte y cuatro horas para

el descubrimiento de un secreto que hacía siete días buscaba en vano.

Apenas volvió sus ojos al valle, apercibió al maldito coronel en el mismo punto donde había jurado reunirse con él, apuntando el antejo y con el grueso doctor al lado. En el movimiento que hizo el coronel al distinguirle, vió Antonio que le reconocía, porqué pasó el antejo al cirujano-mayor que miró á su turno y le hizo una señal de cabeza como para decir: Tiene V. razon por vida mia: él es.

—Sí, sí, tiene V. razon, se decía Antonio á sí mismo: es el mismo, el imbécil, el mentecato Antonio. Luego consideraba con particular atencion los hermosos árboles que rodeaban el grupo que tan atentamente le observaba, y se preguntaba cual debería escoger para ser mas agradablemente ahorcado. Se hallaba sumergido en lo mas profundo de estas reflexiones, cuando sintió que le tocaban en la espalda; se volvió de pronto y se encontró con el capitán.

—Te buscaba, dijo Jácomo.

—¿A mí? capitán.

—Sí, llegó tu turno.

—¿Mi turno? dijo Antonio.

—Sí, sin duda, tu turno.

—¿Para hacer qué?

—Para ir por la provision, vive Dios.

—¡Ah! exclamó el bandido.

—Vamos, despáchate que tus camaradas te esperan allá bajo.

Los ojos de Antonio siguieron la direccion que indicaba la mano del capitán, y vió efectivamente á dos compañeros que le hacían una señal con la cabeza.—Aquí estoy, dijo Antonio, y los alcanzó sin perder un instante.

Entonces los tres se adelantaron en silencio hácia una parte de la roca cortada tan perpendicularmente y á tal altura, que el coronel había juzgado inútil colocar allí reten ni centinela. Llegados al borde del precipicio, mientras Antonio le consideraba con la tranquilidad de un montañés, uno de sus compañeros dió algunos pasos de costado, buscó en la espesura de unos robles, sacó un saco y una cuerda, y yendo hácia Antonio le pasó el saco por el cuello y la cuerda debajo de los brazos.

—¿Qué diablos van Vds. á hacer? dijo Antonio á quien esta ceremonia comenzaba á inquietar. Entonces uno de los hombres

se acostó boca abajo de modo que únicamente su cabeza caía al precipicio.

—Ponte como yo, dijo á Antonio.

Este le obedeció y se colocó al lado de su camarada.

—¿Ves este árbol? dijo indicándole con el dedo un ábeto que crecía en las hendiduras de la roca, como á veinte piés debajo de ellos y á mil piés sobre el fondo del valle.

—Sí, respondió Antonio.

—¿Apercibes detrás de ese ábeto una hendidura?

—Sí, repitió Antonio.

—Pues bien, en esa hendidura hay un nido de águila: te vamos á bajar hasta el ábeto, te agarrarás con una mano y con la otra registrarás el nido, echando en el saco lo que encuentres.

—¿Cómo! ¿los aguiluchos? dijo Antonio.

—No, hombre, la caza que les traen el padre y la madre, de la que nosotros nos comemos las tres cuartas partes y ellos la restante.

Antonio dió un bote sobre sus piés.

—¿Y quién tuvo esa idea?

—Tómate ¿quién va á ser? el gefe.

—¡¡Sublime!!! exclamó Antonio pegándose un golpe en la frente. ¡Y este es el hombre que voy á vender! añadió en voz baja suspirando.

En efecto, Jácomo, acorralado como una bestia feroz, aislado sobre la punta de una roca, sin comunicacion con la tierra, había tomado por proveedores las águilas del cielo; y los bandidos del aire y de la montaña dividían entre sí los alimentos como hermanos.

Antonio desapareció aquella noche.

Alexandre Dumas.

